



EL GENERAL PALAREA

Un médico murciano en la Guerra de la Independencia

Por el

DR. JUAN TORRES FONTES

Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras

Villaluenga de la Sagra es un ayuntamiento de la provincia de Toledo, partido judicial de Illescas, situado en un valle rodeado de pequeños altozanos. A principios del siglo XIX tenía 281 casas, con tapias de tierra, una plaza y veinte calles, de las cuales cuatro estaban empedradas. Iglesia parroquial dedicada a S. Andrés, escuela de niños, y otra de niñas, un pequeño cementerio situado en las afueras, al N.; y al S., en un cerro bastante elevado, único en aquel término, los restos de un castillo llamado del Aguila.

La extensión de Villaluenga en aquel tiempo no llegaba a ser de más de cuatro kilómetros de E. a O. y de unos dos y medio de N. a S. Su producción era sólo de cereales; desarbolada, ricos pastos para ganado lanar, un pequeño arroyuelo que nace en los alrededores y una fuente de agua potable que surte a Villaluenga de la Sagra de esta necesidad.

Su población constaba en la primera mitad del siglo decimonono de trescientos noventa y ocho vecinos, con un total aproximado de mil almas. Un párroco, un maestro y un médico. El médico se llamaba D. Juan Palarea y Blanes. Tales eran las características y personas más esenciales de este pueblecito toledano situado en el centro de la Sagra.

Sabiendo que la dotación que disfrutaba la escuela de niñas era de dos mil reales y la de niños de mil trescientos treinta y tres, podemos fá-

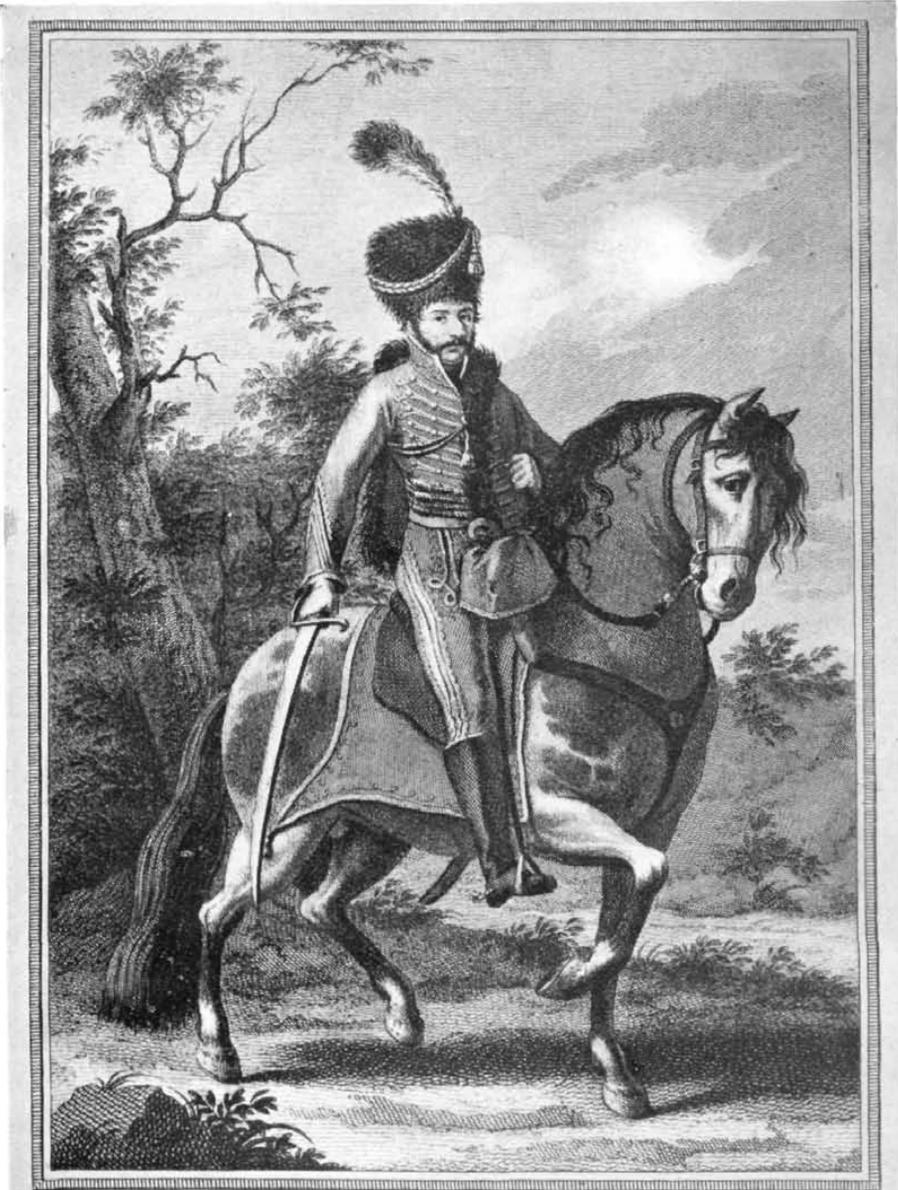


cilmente calcular cuál era el sueldo oficial del médico de Villaluenga de la Sagra. La pequeña riqueza de las tierras labrantías, el ganado lanar y unas canteras de cal y piedra existentes en los alrededores, proporcionaban un pasajero modo de vivir a los vecinos del pueblo. Si sumamos al sueldo oficial los emolumentos que gracias a su pericia logró D. Juan Palarea, cabe deducir que el ahorro pudo ser conseguido hasta la cantidad suficiente para poder comprar un caballo sobre el que visitar los pueblos vecinos de donde era solicitado al extenderse pronto la fama de sus conocimientos. La llanura ligeramente ondulada y los escasos cerros con algunos sotos de pinos de aquellas tierras hacía fácil la comunicación y ante la necesidad de visitar lugares cada vez más alejados, el médico de Villaluenga hubo de tener caballo propio y D. Juan Palarea, que de por sí era un caballero en toda la acepción de la palabra, se convirtió en médico a caballo, en caballero médico. Esta necesidad hizole ser pronto un magnífico jinete y ello fué la génesis del general de caballería D. Juan Palarea y Blanes.

Pero antes conviene recordar en rápida ojeada su vida premédica. El médico Palarea nació en Murcia el año 1780 y fué bautizado en la parroquia de S. Andrés Apóstol. Hijo de D. Antonio Palarea y D.^a Juana Blanes, acomodados comerciantes establecidos en dicha parroquia y nieto de Juan Bautista Palarea, natural de Nasin, en el reino de Nápoles y de Rosa Bianchi (Blanci), natural de Alicante, pero también de origen napolitano. Estos, como tantos otros vinieron de Nápoles a España en tiempos de los Borbones cuando dicho reino estaba unido a la corona española y se dedicaron laboriosamente a la producción y comercio de la seda. Hermanos del «Médico» serían Mariano, Joaquín, José y Antonio, por este orden, pues D. Juan era el mayor.

Sus padres, llevados de su ardiente fe religiosa que supieron inculcar en sus hijos, pensaron dedicar a su primogénito a la sagrada carrera del sacerdocio. En efecto, tras estudiar en el colegio de la Purísima de los frailes franciscanos la gramática latina y la filosofía con gran aprovechamiento, pasó al Seminario Conciliar de S. Fulgencio, donde cursó hasta el quinto año de Teología. Próximo ya a ordenarse, comprendió que su vocación no era la carrera emprendida y que su afición y aptitud le llevaban por otros derroteros. Puso en conocimiento del P. Guardián de la Purísima sus pensamientos y solicitó su ayuda para tratar de convencer el criterio justo y firme de D. Antonio Palarea. Si tenaz era el padre más lo era el hijo y al fin pudo conseguir la autorización y el dinero necesario con que poder ir a opositar a una beca para el estudio de la carrera de Medicina a Zaragoza. Antes de que llegara una tardía recomendación lograda por su padre, D. Juan Palarea había logrado, en brillante y reñida oposición, ganar la beca que le había de servir de estímulo en su

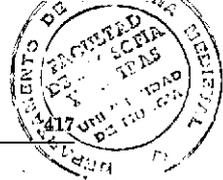




DR. JUAN PALAREA

El Médico

Comandante de las Reales Carreteras.



carrera. En Zaragoza, por medio de varios ejercicios sostenidos en Claustro pleno, pudo ganar algunos años de su carrera y terminó los estudios graduándose con la máxima calificación.

La escasa ayuda económica que recibía de su casa, la necesidad de conservar la beca tan trabajosamente lograda y su afición a los estudios médicos, que más adelante le permitirían destacar y ser conocido por sus estudios fisiológicos, junto a su clara inteligencia, le permitieron destacar sobre el resto de sus compañeros y llamar la atención de sus profesores, que pudieron apreciar su valía científica desde los primeros años de estudios.

Acabada la carrera con las máximas notas, se encontró D. Juan Palarea con un título académico que, si bien certificaba la magnífica carrera desarrollada, no le permitía inmediatamente ganar el sustento necesario para su vida, que falta de la ayuda de la beca, le hacía encontrarse en peor situación que cuando era estudiante. No era fácil encontrar rápidamente un puesto oficial aunque fuera con una pequeña retribución y sus medios le impedían esperar pacientemente a tener clientela en una ciudad con Facultad de Medicina como Zaragoza. El problema era angustioso y el joven graduado no quería solicitar nuevamente la ayuda paterna porque se había propuesto salir adelante por sus propios medios. En estos momentos tan cruciales para la vida de cualquier estudiante que acaba sus estudios, encontró Palarea la ayuda de uno de sus profesores, que conociendo perfectamente la valía de su discípulo, le aconsejó la marcha a Madrid en su compañía, donde intentaría buscarle un puesto oficial que le sirviera de base de partida para alcanzar sus naturales y ambiciosas esperanzas. No encontrando otra solución, marchó a principios del verano de 1807 a Madrid esperanzado en hallar lo que en Zaragoza le era imposible por aquellos momentos.

El profesor de Palarea tenía cierta amistad con el príncipe heredero de España y con la mayor parte de los consejeros de D. Fernando que formaban su camarilla. Llegados a Madrid y presentado en la tertulia el profesor, esperó a que la fortuna le deparara un momento propicio para solicitar del príncipe el cargo que solicitaba para su discípulo, o bien, a petición de éste, una oportunidad para mostrar sus conocimientos e ingenio. Se solía en esta tertulia, con bastante frecuencia, contar cuentos para diversión del príncipe heredero. Los cuentos, la música y la labor de punto fueron diversiones del indeseable Deseado, esperanza y castigo de todo aquel pueblo fervientemente monárquico, que en corto tiempo hubo de variar sus ideas seculares de fidelidad a la Monarquía, ante el torbellino liberal y revolucionario de unos cortos años que fueron menos caóticos que los que proporcionó el séptimo Fernando en sus años de gobierno absolutista. Indicado por su profesor como hábil narrador de



cuentos, fué invitado el Dr. Palarea a asistir a la tertulia de D. Fernando. Todas las noches, en una de las habitaciones del príncipe de Asturias se reunían gran cantidad de personas de todos los matices. Desde el duque de S. Carlos y el preceptor Escoiquiz—traductor de Young—, hasta el oscuro chulo o majo madrileño, cuando no el bronco peruano y futuro Deán de Murcia, D. Blas de Ostolaza. Allí se comentaban las últimas noticias políticas, acontecimientos sociales, diatribas y chistes malintencionados respecto al favorito y muy odiado Godoy. Silencioso, D. Juan Palarea asistía a aquella tertulia pensando en la llegada de la oportunidad deseada. Y así, una noche, acabados los comentarios sobre los sucesos cotidianos, el príncipe D. Fernando rogó al médico Palarea que narrara alguno de sus cuentos porque sentían todos curiosidad de ver aquella habilidad que tenía en sus exposición y de la que tantos elogios había hecho su profesor noches antes.

Agudizando el ingenio, dispuesto a salir airoso de la encrucijada en que se encontraba y de la cual dependía la seguridad o inseguridad de su porvenir, puesto que era necesario ganar la simpatía del príncipe, Palarea dedicó largo tiempo a narrar algunos cuentos, todos ellos con mucha gracia y abundancia de ingenio. Pero pudo ser observado que, cuento tras cuento, todos ellos acababan con la misma moraleja: la extrema necesidad a que llegan los que buscando oficio o puesto donde ganarse la vida, sin ellos se encontraban. La insistencia de la moraleja llamó la atención del futuro Fernando VII que, vivo de ingenio, aunque falto de muchas cualidades viriles, se percató de que existía una segunda intención en el relato de aquellas historias. Preguntado y rogado Palarea a que aclarara aquellos finales de sus narraciones, acabó por exponer la realidad de su existencia y su deseo de lograr el favor del príncipe para encontrar una colocación de médico con que ganarse su sustento.

Interesado por el despierto ingenio del galeno y la solicitud de su profesor por lograr el favor apetecido, D. Fernando prometió buscarle la colocación deseada. Pero encontró una grave dificultad y fué la de que el Príncipe de la Paz había dispuesto de todas las plazas apetecibles y sus relaciones con él eran por entonces un tanto violentas. Sólo existía vacante la plaza de médico de Villaluenga de la Sagra, con escasísimo sueldo y pocas probabilidades de aumentarlo con los beneficios que pudiera obtener de aquellas deshabitadas comarcas y en que las igualas eran escasas y mal retribuidas. Decidido a ejercer su carrera y a esperar mejores tiempos, en que con más experiencia pudiera opositar a plazas de superior categoría, el Dr. Palarea aceptó el destino que se le ofrecía y rápidamente se trasladó a Villaluenga. Madrid era una ruta de paso, pero le marcaba la dirección a seguir para un futuro que por entonces no podía vaticinar su duración. Su voluntad había elegido el camino que le lleva-

ría al triunfo y a la fama. Muchos pueblos encontraba en su camino que desconocía y en los que no pudo detenerse. Castillos, aldeas, pueblos y ciudades eran atravesadas sin sospechar la proximidad de su vuelta a ellos en ruta distinta a la que llevaba. Su mirada sólo alcanzaba a divisar cultivos, su mente calculaba el número de habitantes y su boca sólo preguntaba el camino seguro y fácil para llegar cuanto antes a su destino. La estrategia le era desconocida y el valor del terreno en su aspecto militar ignorado. Poco tiempo iba a disponer para conocerlo. Las circunstancias le obligarían a ello y la intuición le ayudaría más. Los pueblos y aldeas de Madrid eran sólo paso o parada de la ruta de Villaluenga de la Sagra.

Podemos imaginarnos la impresión que recibiría Palarea al llegar a Villaluenga. La escasez de población, pequeñez del pueblo, pobreza de la comarca y la terrible soledad de llegar a un lugar pequeño, sin experiencia alguna para enfrentarse con una población que en los primeros momentos, sin hostilidad, sólo con curiosidad, le atendería, pero curiosidad corta que pronto ocasionaría el aislamiento. Su juventud—27 años—, inexperiencia de la vida activa y de su carrera para enfrentarse inmediatamente con la vida y con el trabajo profesional, sin encontrar la ayuda de un colega o de un maestro que le asesorase en la práctica, lo que por muy bien aprendido que se lleve de la Facultad resulta insuficiente, hubo de producirle una pasajera depresión de ánimo a su llegada al pueblo toledano, que podría ser con el tiempo su residencia definitiva. Pronto se hizo querer de sus pacientes y los amigos surgieron a su alrededor atraídos por el temperamento enérgico, ingenioso y bondadoso de Palarea, mitad fraile, mitad médico, resultado de un conocimiento perfecto del hombre y de un sentimiento de humanidad hacia todos que aumentaba por días su prestigio. Villaluenga tenía un nuevo médico y en el médico su mejor amigo y consejero.

Pero otras cosas sucedían por entonces en España de las que sólo escasos rumores, quebradas noticias y confusas nuevas llegaban a Villaluenga de la Sagra. Después de la imprudente proclama de Godoy contra un enemigo de España, al que no nombraba pero que claramente se comprendía que era Napoleón, vino la victoria del Corso en Jena y la rectificación, tardía, del Príncipe de la Paz en sus intervenciones antifrancesas. La consecuencia fué el célebre y funesto tratado de Fontainebleau (27-X-1807), en virtud del cual Francia y España repartían la futura conquista del reino lusitano en tres porciones, y se autorizaba la entrada de 28.000 franceses en territorio español camino de Lisboa. Se verificaba también por entonces el descubrimiento de la llamada conspiración del Escorial y el arresto del Príncipe de Asturias (30-X-1807) con sus principales consejeros. La política castellana iba tomando unos vuelos des-

acostumbrados y la europea presagiaba nuevos cambios, vaticinados ya por la Revolución francesa.

Antes de ser firmado el tratado de Fontainebleau y conforme se había decidido, transpusieron los Pirineos las primeras fuerzas napoleónicas que constituían el ejército de Junot, que el día 30 de octubre entraba en Lisboa tras un rápido paseo militar. Pero poco después, el 22 de diciembre, y sin conocimiento ni beneplácito del gobierno español, el 2.º Cuerpo de Ejército mandado por Dupont entraba en España y acampaba en Valladolid. El 9 de enero, el 3.º Cuerpo de Ejército francés a las órdenes del mariscal Moncey se adelantaba en Castilla. Barcelona, Figueras y San Sebastián eran ocupadas por las fuerzas imperiales. La totalidad de estos ejércitos sumaba una fuerza de cien mil hombres y Napoleón dió un jefe superior para unificar criterios y mandos, nombrando general en jefe de sus ejércitos y su lugarteniente imperial en España, a su cuñado Joaquín Murat, gran duque de Berg (marzo 1808).

Estas noticias conforme fueron conocidas hicieron comprender a la Corte española cuales eran los propósitos de Bonaparte como consecuencia y faltando a lo capitulado en el tratado de Fontainebleau. El pueblo no conociendo el pacto ni los proyectos ambiciosos de Godoy se preguntaba extrañado qué objeto tendría el estacionamiento de los franceses en España y la ocupación sistemática de las principales fortalezas fronterizas. Ni las explicaciones oficiales de Carlos IV, ni los inútiles intentos de Godoy pudieron evitar el desmoronamiento de la disciplina. Al real sitio de Aranjuez, residencia de la familia real, fueron acudiendo toda clase de personas dispuestas a impedir la salida de los reyes hacia Sevilla, camino de América, si eran ciertos los rumores que corrían sobre la intención de Godoy. Estalló el motín de Aranjuez el 18 de marzo y con él la consiguiente caída del favorito y la abdicación de Carlos IV al día siguiente.

Rápidamente se propagó por toda España las alarmantes noticias de la entrada francesa y del motín de Aranjuez, con la precipitada llegada del gran duque de Berg al tener conocimiento de lo ocurrido a Aranjuez, el día 23 de marzo. Se produjo el consiguiente revuelo y la incertidumbre se extendió por toda la península. Vienen después los instigados disgustos entre Carlos IV y su hijo Fernando VII y el viaje de ambos a Francia para resolver sus diferencias ante el Emperador. Fernando cruzaba la frontera francesa en su engañado viaje el 20 de abril, camino de su cautiverio de Bayona, y Carlos y María Luisa diez días después. En los últimos días de este mes ya habían estallado alborotos en Toledo y Burgos que hacían presagiar el tormentoso lustro que iba a ocasionarse.

En tanto, Murat se iba apoderando sin disimulo alguno de los principales lugares de Madrid. Las instrucciones recibidas para que marcha-

rán igualmente camino de Francia la reina de Etruria con su hijo y el infante D. Francisco de Paula, extremaron la indignación popular y aumentaron la prevención con que los españoles habían recibido la visita de sus supuestos aliados. Y así hubo de llegar el 2 de mayo, fecha inicial del levantamiento de Madrid contra la crueldad y perfidia francesa y las forzadas abdicaciones de Bayona. Continúa después el levantamiento por Asturias y se propaga el alzamiento por Santander, La Coruña, Sevilla y finalmente ya por toda España.

La falta de un gobierno central independiente y con autoridad suficiente para encauzar el movimiento iniciado de defensa de la patria hizo surgir el gobierno particularista de las provincias, formándose las juntas locales, dispuestas a enfrentarse con el hasta entonces invencible ejército napoleónico. Surgieron sublevaciones en aquellos lugares donde los generales no secundaron el movimiento de independencia por excesivo y prudente cálculo y las juntas provinciales formadas por el pueblo para su propio gobierno, entablaron amistosas negociaciones con Inglaterra que fueron bien acogidas. Todas ellas considerándose responsables y con autoridad suficiente para mantener y dirigir la lucha, y algunas, como la de Murcia, se dirigió al ministro de Asuntos Exteriores inglés, Canning, en estos términos: «Esta provincia no quiere tratar como de comerciante a comerciante, sino como de Corte a Corte y de Nación a Nación».

En tanto, habían seguido entrando fuerzas francesas en España y en 15 de agosto pasaban ya de 182.000 hombres los que Napoleón mantenía en la península frente al endeble y calamitoso ejército español, cuyas fuerzas más aguerridas se hallaban con el marqués de la Romana en Dinamarca. La lucha se desarrolló con diversas alternativas, como las defensas de Zaragoza y Gerona y las victorias del Bruch y Bailén, junto a las derrotas y continua ocupación de ciudades españolas por las fuerzas francesas.

Así empieza y comienza a desarrollarse la guerra de la Independencia española. Iba siendo la hora buena de enfrentarse a los malos amigos que descaradamente se habían convertido en enemigos. Las escenas presenciadas en Madrid y otros lugares ocupados por los franceses influyeron en la vida y porvenir de la mayor parte de los españoles. Testigos presenciales contaban por doquier los hechos ocurridos y su narración producía un hervor sordo que se transformaba en gritos de combate. Los generales españoles, en su inmensa mayoría generales de tiempo de paz y poco entendidos en el arte bélico, no tardaron en eclipsarse envueltos en el polvo de la derrota. Fracasó el ejército regular, mal organizado y peor dirigido y hubieron de surgir, una vez más, las guerrillas y partidas, formadas por personas de todas clases. Cada junta, cada noble o



cada patriota organizó una partida o batallón que mantenía de su propio peculio y que lanzaban a la lucha contra el invasor.

Había llegado la hora, ante el fracaso del ejército, de echarse al campo. El pueblo hubo de luchar y luchar solo contra las disciplinadas y numerosas tropas francesas, sin encontrar más auxilio que la parca ayuda de los caseríos y aldeas y su propia fe y deseo de venganza. Los que deberían haber sido sus jefes y guías desaparecieron, cuando no los traicionaron, por lo que las ejecuciones y asesinatos de generales se verificó en gran escala. No había órgano rector de dirección ni la experiencia aprovechable del táctico; sólo los que la necesidad y el patriotismo improvisaban en cada instante y a cada momento.

Los primeros núcleos importantes de partidas se incrementaron, cuando no se formaron en muchas ocasiones, por la incorporación a las guerrillas de soldados desbandados o de desertores. La disyuntiva la plantearon los guerrilleros: alistarse voluntariamente al glorioso alzamiento nacional contra el Invasor o afrancesarse y vivir sometidos a los dominadores. Por ello hubo división y si las guerrillas y el ejército regular se vieron incrementados y aumentados por la incorporación de todos los hombres útiles para tomar las armas, por otra parte hubo muchos afrancesados y de muchas clases. Los intelectuales, gente madura, hombres cultos que de buena fe creyeron en los propósitos de Napoleón y que consideraron más beneficiosa para su patria la dinastía de Bonaparte que la decaída borbónica. La gente burguesa, que por no perder su empleo del cual mantenían a su familia, su bienestar o simplemente necesidad de vivir, continuaba pacíficamente al lado de los invasores. Pocos hubo en la clase baja, que poco tenía que perder. El campesino fué casi totalmente adicto a su religión, a su patria y a su rey, por lo que no vaciló en luchar contra los impíos y revolucionarios franceses. Los hombres maduros se sometían con mayor facilidad al Intruso que los irreflexivos y heroicos jóvenes. Las mujeres, más religiosas y patrióticas que los hombres, no quisieron saber nada de conveniencias ni de posibilidades, y ellas, más cerca de la juventud que los hombres, supieron arrastrarlos a la lucha cuando no lanzaban a sus propios hijos a la muerte por la defensa e independencia de la Patria ocupada.

Los españoles obraban a impulsos de cuatro sentimientos profundamente arraigados a su conciencia: el monárquico, el religioso, el patriótico y el familiar. La lucha mantenía estos ideales: rescatar al su rey prisionero, el Deseado; restablecer el dominio eclesiástico sobre el pueblo y la pureza de la religión contra los impíos y ateos franceses; asegurar la independencia de la patria amenazada y lograr la tranquilidad y respeto de sus hogares violados. Una décima valenciana nos recuerda que...



.....
y en tocando a Dios y al Rey,
a nuestra Patria y hogares
todos somos militares
y formamos una grey.

Pese a que los Borbones en un siglo de permanencia en el trono español habían llegado con su regalismo político hasta donde no habíanse atrevido los Austrias, a la intervención e intromisión en los bienes eclesiásticos, a que las libertades y los fueros quedaran ya sólo como recuerdo, pese a quietismo político en que habían vivido, en tanto que las demás naciones habían gradualmente evolucionado en sus ideas, el pueblo, de golpe, sin preparación alguna, se lanzó a defender unos ideales ficticios en los que aún creía. Desconocían los irregulares poderes que a la sombra del trono se desarrollaban y los impulsos estériles de algunos pocos que aún intentaban sacar a España del quietismo absolutista y centralizador a que se había llegado. Los ideales se mantenían fijos e inalterables. La pobreza y la esterilidad se habían extendido por todo el territorio peninsular, pero el agro seguía torzudamente fiel y por ello, herido en sus sentimientos más preciados de patria, religión, monarca y hogar, se inclinó decididamente a la lucha. Ignoraban que la religión estaba servilmente a las órdenes del Estado y que las instituciones existentes eran sólo eslabones de la cadena que los Borbones habían atado a su trono español. Las dos fuerzas que hubieran podido y debido haber estimulado al pueblo a salir de su secular sueño estaban inmovilizadas, porque la corte había absorbido a los personajes más conspicuos de la nobleza y clero, que sólo eran ya agentes pasivos del absolutismo monárquico. Habían fundido sus sentimientos patrióticos, religiosos y políticos en el monárquico, que la administración borbónica se encargó de mantener.

El bajo clero y el pueblo fueron los verdaderos enemigos de Napoleón y por ello la guerra de la Independencia fué en gran parte guerra de religión. El clero, enfervorizando al pueblo, que hacía siglos dormitaba y lanzándolo a la lucha, y libre por la invasión, de la coaccionadora influencia de la monarquía y nobleza y a la vez por instinto de conservación, se convirtió en el verdadero nervio de la defensa patria. Hubo una quiebra y fué que al desaparecer el elemento centralizador, con la prisión de Fernando VII y de la familia real y la incapacidad de la Junta Central para asumir sus funciones, tanto por falta de medios como de conocimientos necesarios para ello, al estar invadida toda la península no pudo uniformarse el movimiento de independencia y surgió otra vez el particularismo ibérico. Se formaron las juntas locales y hubo que organizar todo, empezando por el Estado mismo. La desunión se mostró por

las innumerables juntas que se formaron y que se fueron multiplicando hasta el momento en que por instinto de conservación comprendieron la necesidad de superar la desunión y desintegración a que se había llegado. Se creó la Central que anuló ambiciones, unificó criterios dispares y reunió el mosaico de juntas en una general para todos.

Esta Junta Central fué la que intentó y finalmente logró controlar las numerosas partidas, que nacieron y se desarrollaron unas, se desbandaron o fundieron otras, porque la ambición llegó también a unirse al sentimiento partiótico y se previó el peligro de que se repitiera un caso, no insólito en nuestra historia, de exceso de generales y falta de soldados. Hubo muchas clases de guerrilleros, entre los que se mezclaban verdaderos bandidos que gradualmente fueron desapareciendo por la acción persecutoria de los jefes de partidas reconocidos por la Central y por los ejércitos regulares españoles. Entre los guerrilleros hubo militares como Lacy, Renovales, Llauder, Villacampa y Sarsfield; sacerdotes fueron Merino y Tapia; médicos como Palarea y Martínez San Martín; mozos de labranza, tales Mina y el Empecinado; nobles eran Porlier el Marquesito, el barón de Eroles y el conde de Montijo; terratenientes como D. Julián Sánchez el Charro, y otros que con su apodo indicaban su profesión, origen y clase: el Chaleco, Francisquete, Caracol, Calzones, Dos Pelos, el Fraile, el Cocinero, el Viejo de Seseña, Zamarrilla, el Molinero, el Pinto, el Mantequero, el Bolsero, Camisilla, el Capuchino, el Pastor, etc.

Este movimiento espontáneo de la creación de guerrillas que incitó y exaltó el ardor popular, produjo la resistencia primero y después la victoria contra el ejército napoleónico. Fracasados los generales y el obligado y acostumbrado enfrentamiento de ejército contra ejército, al desaparecer el nuestro, roto en mil pedazos por la superioridad numérica y sobre todo técnica del ejército francés, fueron en gran número los soldados que tras los desastres se desbandaron y volvieron sus pasos hacia la querencia vernácula, lo cual hacía difícil la reorganización de los ejércitos vencidos. Ante el fracaso militar vino la constitución de las partidas, que no sólo impidieron el afianzamiento que de otra forma hubieran logrado los ejércitos napoleónicos en España, sino que también evitaron la probable estabilidad de la dinastía bonapartista en la península.

No hubo, en general, unión entre los guerrilleros, sino hasta última hora y por ello, según frase galdosiana, la guerra de la Independencia española fué la gran academia del desorden. Los guerrilleros no eran perfectos y menos estaban capacitados, excepto unos pocos, para dirigir operaciones militares de alguna importancia. Junto al honrado labrador que atacaba desde cualquier vereda al correo imperial o del ciudadano echado al campo que dispersaba tras breve, enérgico y audaz ataque a



un convoy de abastecimientos, estaba el que acudía tan sólo por el afán de pillaje o el caudillo sediento de gloria que buscando la fama no reflexionaba sobre la ventaja de esperar un momento más favorable o sobre la conveniencia de una acción conjunta. Hombres convertidos en héroes que, transplantados de la quietud al riesgo diario, no se contentarían con volver al estado prebélico de 1808 y serían los iniciadores de los posteriores alzamientos que tan fecundamente se repetirían en el siglo XIX.

Fracasado el ejército regular por culpa de unos generales que si bien sabían organizar ejércitos no supieron llevarlos a la victoria y, demostrada la inutilidad de los guerrilleros para la ocupación permanente del territorio o de las plazas, quedaba la posibilidad de una acción conjunta de ambos que fuera la base del triunfo. En los primeros momentos los guerrilleros fueron mal vistos por los militares, tanto como por los franceses, pero cuando la Junta Central comprendió la beneficiosa labor que realizaban y los éxitos persistentes que obtenían, autorizó las partidas a finales de diciembre de 1808 con intento de dirigir o por lo menos encauzar y limitar sus intervenciones, depurarlos, evitar imprudencias o temeridades inútiles y coordinar prácticamente ambas fuerzas. Fué precisamente la sabia organización de lord Wellington la que por fin pudo unir a unos y otros. La eficaz cooperación de los guerrilleros con el ejército regular anglo-hispano fué la clave del éxito frente al francés invasor, al que acabó por expulsar de la península.

Empezaba el año 1809 con las derrotas españolas de Uclés, Ciudad Real y Medellín, en enero, febrero y marzo, que empeoraban la situación general del reino. Son los meses en que el médico de Villaluenga, enterado de los descalabros ocurridos por los soldados desbandados de los campos de batalla a su paso por la provincia de Toledo, pensaba como único remedio eficaz para combatir al francés triunfante, en la guerrilla. Le era fácil organizar una por cuenta propia para actuar en las proximidades de las carreteras generales que desde Madrid conducen a Extremadura y Andalucía, lugares muy frecuentados por los convoyes y correos imperiales. Tenía la base para organizar una partida: caballo, prestigio bien ganado en todos los pueblos comarcanos, juventud, valor, conocimiento del terreno, instintivas dotes de mando, a las que uniría audacia, bravura, astucia, agilidad e inteligencia.

Pasaron los días y la situación general de España no variaba, las derrotas y descalabros se sucedían y sólo se oía de vez en cuando el clarín triunfante de las victorias y presas logradas por los guerrilleros, ya famosos, cuyos nombres corrían de boca en boca y de romance en romance por todos los pueblos y campiñas castellanas y ellos eran los que alteraban la monótona relación de reveses sufridos por los ejércitos españoles. La idea que germinó en su mente en los primeros meses de 1809 decidió

a Palarea, tras detenido examen de las probabilidades que tenía para lograr el triunfo, a llevarla a la práctica. Empezaron los preparativos, las conversaciones y los viajes detenidos para estudiar las condiciones geográficas de los lugares por donde pensaba actuar y las montañas cercanas que le permitieran un refugio seguro para caso de apurada huída, de necesario reposo o de reorganización de su partida. Tampoco dejó olvidados los lugares donde podría abastecerse y encontró promesas de ayuda en algunos de los jóvenes más decididos de su residencia. Los preliminares necesarios para la acción, pequeña en su principio, que pensaba realizar fueron ejecutados cuidadosamente, porque habían sido muchos los decididos campeones de la independencia que lanzados a la lucha imprudentemente o sin los conocimientos y preparativos necesarios, encontraron el fracaso y el fracaso había sido la pérdida de la vida y las de sus hombres, pues los soldados franceses, siguiendo el injustificado y falto de todo derecho, criterio de Napoleón, consideraban a todos los guerrilleros como bandidos, brigands, o brigantes, como solían denominarlos los afrancesados, y el resultado era bien conocido en caso de caer prisionero, arcabuceados contra la tapia más cercana o ahorcados del árbol más próximo.

No le asustaban las privaciones ni los riesgos que tendría que sufrir a Palarea. Casi sacerdote y médico, su espíritu de sacrificio era completo, más aún que el de cualquier otro guerrillero, incluso el del cura Merino que tanta fama alcanzó por su sobriedad, que en general era de todos los españoles, de los que dijo el vizconde Naylies: «Les espagnols son très sobres: du pain, de l'eau et de cigarres leur suffiraient; mais ce dernier objet est de première nécessité».

Por fin llegó el día de tomar definitivamente las armas y llevar adelante su pensada decisión. Principio de duro pelear, continuo correr, frecuentes huídas ante enconadas persecuciones y sus consecuencias de fatiga, hambre, sed, frío y posibilidad de recibir graves heridas o de caer prisionero con el consiguiente fin de su espontánea carrera. El día primero de julio de 1809, sábado, salió Palarea de Villaluenga de la Sagra con una partida formada por once hombres pertrechados de caballos y armas y mantenidos a su costa, dispuestos a enfrentarse y resistir el vendaval napoleónico que azotaba toda la península ibérica. Esto, aparte del peligro ya señalado, significaba la renuncia a su cargo de médico, el abandono de su casa y familia, de sus estudios y comodidades y el alejamiento de su tranquila vida pueblerina. Pero, la Patria y el tiempo exigían los más duros sacrificios, y Palarea no dudó nunca, cuando lo creyó oportuno y necesario, en hacer lo que consideraba el cumplimiento de su deber.

Siete días más tarde (7-VII) realizaba su primer encuentro con fuerzas francesas de infantería muy superiores en número a las de su mando,

en las orillas del Guadarrama, por el camino de Casarrubios del Monte a Carruaje. El éxito de su primera acción le sirvió de estímulo para continuar. El bautismo de fuego había sido recibido y el olor de la pólvora fué un veneno que se infiltró en sus entrañas. En adelante le iba a ser difícil olvidar el manejo de las armas y su valentía le pedía nuevos encuentros. El aprendiz de comerciante, el estudiante de Teología, el licenciado en Medicina había encontrado definitivamente su carrera: la de las armas y dentro de ella la de caballería. El futuro general de caballería de los ejércitos nacionales había sabido triunfar con su exiguo escuadrón frente al superior contingente de infantería enemiga. La suerte estaba echada y D. Juan Palarea y Blanes se había convertido en un enemigo declarado y público del francés invasor. Su directriz quedaba señalada: guerra al enemigo. Contaba con una cuádruple ayuda. Su Dios, que no podía olvidar a un ferviente católico y que le auxiliaría con su Divina Providencia. La Patria, que premiaría sus hazañas y guardaría fiel memoria del hijo bien nacido que salía en su defensa. La tierra, que le prestaría cobijo y amparo, vivo o muerto. Sus compatriotas, con armas, víveres, noticias y nuevos refuerzos y, en caso de muerte, con una mano amiga que sepultara su cuerpo.

Conseguido su primer triunfo, repetía dos días después su victoria en Chozas de Canales. La suerte parecía ayudar al intrépido médico, que por su parte ponía no solo su esfuerzo, sino una ingénita estrategia que sería la base de sus posteriores éxitos. Tras un breve descanso, el suficiente para que se alejaran las fuerzas que le perseguían, incapaces de aventurarse en la sierra de S. Vicente donde se había refugiado, el nuevo guerrillero volvía sobre sus pasos hacia el punto de partida, habiendo logrado ya entablar relaciones con el ejército, del que solicitó el reconocimiento oficial de su partida. Relaciones que aumentó cuando el día veinte de julio asaltó un convoy enemigo y se apoderó de ochocientas raciones que envió al general del ejército español más cercano, con cuya vanguardia se halló en la acción de Escalona, donde combatió con valentía ante el famoso castillo que el mariscal Soult destruiría años más tarde y que le sirvió para ser conocido por los generales que allí se encontraron. Acabó el mes con un encuentro favorable el día 27, en Alhama. Decididamente la suerte estaba de su parte.

Merodeó en los primeros días de agosto cerca del sistema Central, a su amparo, para refugiarse en él en caso de necesidad, hasta que, avisado por los labriegos del paso de un pequeño convoy francés, salió a su encuentro en las Navas del Marqués (Avila) el 13 de agosto, apoderándose tras breve refriega de ochocientas fanegas de trigo que se apresuró a enviar igualmente a la intendencia militar, y dos días más tarde vencía a una partida francesa en San Martín de Valdeiglesias. Aparte de estos

encuentros, en el mes de agosto logró dar muerte a unos cuarenta soldados enemigos dispersos, entre ellos un coronel de Ingenieros, un ayudante de Estado Mayor y tres oficiales, cogiendo además varios pliegos del mariscal Víctor, planos y otros papeles que remitió a la Carolina al general Venegas, jefe del ejército español, que se hallaba en aquel lugar reorganizando sus tropas después de la derrota sufrida en Almonacid, el 11 de agosto, de manos del general Sebastiani.

La fortuna seguía acompañándole y junto al asalto a los pequeños convoyes, que con sus escasos hombres podía atacar, se dedicó a interceptar los correos imperiales, una de las misiones de los guerrilleros que con tanto éxito ejecutaron, y así en Santa Cruz de Retamar, el 8 de septiembre, se apoderó de numerosa correspondencia de Napoleón para los mariscales Víctor, Soult, Mortier y Ney, que entregó personalmente al general jefe del ejército del Centro, lo cual le sirvió para que su guerrilla fuera legalmente reconocida, no ser considerado como un faccioso más, y en adelante obrar bajo la dirección y amparo del citado general, del cual quedó subordinado, y el 27 de septiembre, conforme a lo dispuesto en el reglamento de guerrillas de la Junta Central, recibió, como jefe de partida, el nombramiento de alférez de caballería. Su carrera era vertiginosa. A los tres meses escasos de su primera salida había logrado el reconocimiento legal de su partida, la concesión del empleo de alférez de caballería y el integrar la vanguardia del ejército del Centro, con plena libertad de acción, al tener su partida más de 50 jinetes y otros tantos infantes, que exigía el Decreto de 28 de diciembre de 1808, en el Reglamento sobre partidas y cuadrillas.

Tras su entrevista con el general en jefe volvió a su teatro de operaciones y el 30 de este mes sostenía un reñido, y como siempre victorioso encuentro en las inmediaciones de Talavera de la Reina. Su campo de acción se iba ensanchando con los triunfos y cuando la persecución enemiga empezó nuevamente, pues sus hazañas eran ya comentadas y los daños infligidos al enemigo grandes, desde las cercanías de Talavera y carretera de Extremadura marchó hacia la sierra de S. Vicente y al pasar por el Real, en las mismas faldas de la sierra, tuvo otro encuentro el día siete, que repitió el 11 en S. Román y el 15 en la Venta del Cojo, para terminar el mes atacando a un contingente francés bastante numeroso, el 31 en la noche, en el bosque del Escorial. Empieza entonces a demostrar una de sus muchas cualidades, la rapidez en trasladarse a sitios muy lejanos. extraordinaria movilidad, cualidad máxima del guerrillero para evitar el asalto o la sorpresa, el cerco o el encuentro forzoso con fuerzas superiores que intentaran aniquilarlo. Por ello, el guerrillero tenía que variar continuamente de sitio, puesto que el que actúa en un mismo lugar continuamente o es cercado o tiene que refugiarse en las espesuras

del monte más cercano, por lo que, cuando resultaba imposible su persecución, los estados mayores imperiales variaban el rumbo y dirección de sus correos o convoyes dirigiéndolos por lugares alejados de las sierras. Debido a esto, el jefe de partida tenía que dirigirse a lugares en que no había actuado hacía tiempo y donde no era esperado.

Desde el Escorial, Palarea se dirigió al E. de Hinojosa de S. Vicente, atacando el 4 de noviembre a una partida francesa en el castillo de Bayuela. Continuó después el curso del Alberche y de nuevo se sintió tentado a aproximarse a la capital de España. Como todo caballero español, Palarea tenía una cita en Madrid a la que no podía faltar, y era la de vengar las afrentas que el pueblo madrileño había recibido y seguía recibiendo de los secuaces del rey José y éste, en los momentos en que la tremenda derrota sufrida por el general Areizaga al frente del ejército del Centro en Ocaña, el día 19, que abrió a los imperiales las puertas de Andalucía, lo cual hacía alejarse el amparo que pudiera encontrar su guerrilla en aquel ejército. Pero los guerrilleros no podían contar con más ayuda que su sagacidad y rapidez y en estos momentos se hacía necesario actuar a la retaguardia del ejército enemigo para impedir en lo que fuera posible el rápido avance francés por Andalucía. El 24 de noviembre se enfrentaba en los montes de Navalcarnero con fuerzas enemigas y el mismo día sorprendía en Perales de Milla, en las cercanías de Getafe, a cinco gendarmes españoles al servicio del Intruso. El 30 aparecía y luchaba victoriosamente en Yuncler (partido judicial de Illescas) y el 15 de diciembre se hallaba en Hinojosa de S. Vicente, desde donde fué perseguido por un fuerte contingente dedicado exclusivamente a su persecución, del cuerpo de ejército del mariscal Mortier, duque de Treviso, al que durante un mes tuvo en jaque, batiéndose en retirada con el mayor orden sin ser alcanzado en ningún momento.

Recapitulando la actuación de Palarea en este segundo semestre de 1809, primero de su acción, podemos señalar cómo el éxito coronó sus actos. Su valía reconocida por el gobierno y sus ataques a fuerzas enemigas, siempre afortunados, hizo ser conocido su nombre, que pronto se olvidó al no mencionársele nada más que con el calificativo de «El Médico», por su antigua profesión. El mariscal Jourdan, sintiendo el daño que ocasionaba a sus destacamentos, correos, convoyes y patrullas, destinó un numeroso contingente de tropas encaminadas únicamente a su persecución y posible aniquilamiento.

El que el éxito siempre sonriera sus actos se debía a la cuidadosa elección del terreno, clara visión de la oportunidad y las órdenes preventivas dadas con la necesaria antelación, en que cuidaba hasta de los menores detalles. Sus condiciones innatas para hacerse obedecer ciegamente de sus hombres, a los que consiguió pronto una elevada moral, factor esen-



cial de la guerrilla, por la seguridad casi absoluta de poder evitar el fracaso, hizo que la atención general se pusiera en su persona y que en cantidad acudieran voluntarios dispuestos a engrosar su partida. Su trato humano a los prisioneros fué glorificado por los propios franceses, ya que rara vez ejecutaba a sus cautivos a no ser en revancha en más de una ocasión por el arcabuceamiento de algún guerrillero. No eran venganzas ruines, sino justiciera reparación y aviso directo para acabar con la guerra incruenta. Tampoco se puede pensar que sus encuentros fueran sin dejar muertos a su paso, porque entraban al combate dispuestos a matar, o morir matando, por liberar a la patria invadida, salvar la fe y vengar agravios. Conviene también recordar que las batallas sostenidas por los guerrilleros, sobre todo en estos primeros años, no son verdaderas batallas campales, sino la elección anticipada de un lugar conveniente, secreto, que sirviera para sorprender al enemigo numéricamente superior, causarles los mayores daños posibles y emprender seguidamente la huida. Nunca aceptaban un encuentro ofrecido por el enemigo y su acción no podía ser la de colocarse en mejor posición y esperar o adelantar el choque. El ataque inesperado que se ejecuta cuando una de las partes ignora a la otra, aunque vaya precavida contra cualquier eventualidad, es la batalla del guerrillero. Y en más de una ocasión, los guerrilleros vieron pasar ante sus ojos y alcance de sus armas a fuerzas enemigas, que no eran atacadas por orden del jefe, receloso de una emboscada o de un encuentro de larga duración en los que siempre llevarían la peor parte. Por ello no resultaba vergonzosa la huida a los guerrilleros después de un breve ataque, en que resulta imposible ofrecer batalla, que sólo podía dar en condiciones muy ventajosas. De aquí que, a una señal del jefe, la partida se disuelva y se reúna en un lugar convenido de antemano o unos kilómetros más adelante para volver a atacar al prevenido contrario en terreno y posiciones más ventajosas y breve espacio de tiempo después.

La movilidad extraordinaria de Palarea en estos seis meses está demostrada por las distancias que recorrió en corto espacio de tiempo, atravesando en todas direcciones las provincias de Madrid y Toledo, con la parte meridional de Avila, provincias que serían, con ligeras incursiones en otras limítrofes, el terreno elegido para sus correrías. El Médico se iba haciendo famoso, querido por unos, odiado por otros, pero imponiendo respecto con su presencia o con el simple anuncio de su proximidad. De aquí que cuando acabó el año su partida de once voluntarios se hubiera elevado a setenta y cinco hombres y setenta caballos. El futuro regimiento de caballería, su máxima ilusión, había empezado a organizarse.



1810

Y empieza el año 1810. Este año es el de la ocupación de Córdoba y Granada en enero y Málaga y Sevilla en febrero a consecuencia de la derrota de Ocaña del año anterior. Pero la derrota del ejército no paralizaba la acción de las partidas, sino que más bien la aumentaba, pues el territorio que se presentaba para su actuación era más grande y por tanto su combatividad mayor al ser mayor el peligro. Y al estar en el centro del territorio enemigo se le proporcionaba un mayor número de convoyes y correos que desde la Corte se dirigían a la periferia, hacia todos los ejércitos franceses diseminados por la península. El día 3 de enero establecía Palarea contacto con el enemigo en Marrupe, a 16 kilómetros de Talavera y el 16, en Navalcarnero, rodeaba y sorprendía en una posada a 28 húsares franceses de los que no dejó escapar a ninguno, porque los que no murieron fueron hechos prisioneros. Cruzó después cerca de la capital de España buscando una ocasión favorable de encontrar en su camino a algún alto jefe o convoy importante y, en efecto, el 20, tras luchar con la guarnición francesa de Galapagar, pudo interceptar un correo de Napoleón para su hermano José y los valiosos documentos que portaba los envió inmediatamente a los generales españoles. El mismo día que las tropas galas, al mando de Sebastiani ocupaban Granada (28 de enero) Palarea, ansioso como todos los guerrilleros, de lograr un éxito resonante, venció a un destacamento militar que encontró a su paso en Zarzuela del Monte (Segovia) y al día siguiente hizo huir a la escolta de un convoy de lanas en Pinar de Trabadillo del que se apoderó. Nuevo choque tuvo el 31 de enero en el puente de Añe (Segovia), en que causó gran pérdida al enemigo, entre ellos un coronel. Al día siguiente en Sanchidrián (Avila) interceptó y logró apoderarse de gran cantidad de papeles sellados y tabaco perteneciente a José Bonaparte. Una vez más



las tropas de Bonaparte proveían de víveres y sobre todo del necesario tabaco a sus enemigos que no hay que dudar que sabrían saborearlo, y agradecerían a los franceses el buen tabaco que fumaban.

Continuó después en la provincia de Avila y siguiendo el curso del arroyo de Tórtoles que va a desembocar al Alberche, cerca de Piedrahita, arrebató más de quinientas reses vacunas al enemigo, enviándolas al cuartel general (8 de febrero). Mantuvo después otra acción frente al enemigo en Mombeltrán y el 15 de marzo sostuvo dos encuentros, por la mañana en el puente de Estreño y por la noche en Navas del Marqués (Avila). Deshacía su camino días después volviendo en dirección a Madrid; parecía que la fuerza centrípeta se imponía a su elección del terreno, explicado por ser el cuartel general enemigo la capital de España. Madrid le imantaba y atraía con fuerza irresistible y el 25 se encontraba luchando en Rosas de Galapagar. Llegó su osadía hasta acercarse a tres leguas de Madrid, pero su temeridad no llegó a perderle, aunque estuvo a punto de ello, porque un fuerte escuadrón enemigo salió en su persecución. Recurrió entonces a la astucia para burlarlos y dividió sus fuerzas en dos partes. Una de ellas atacó a Parla, conduciendo a su guarnición entera prisionera y los caballos cogidos por medio de posiciones enemigas, a la sierra de Avila, y en tanto la otra mitad procuraba despistar al perseguidor haciendo acto de presencia en lugares distantes, con lo que distrajo su atención y todos pudieron escapar sin sufrir daño alguno. La sierra era su refugio y a ella los franceses no se atrevían a entrar, porque rocas y matorrales eran parapetos desde donde inopinadamente podía surgir una descarga que diezmará sus filas sin que fuera posible rodearlos o lograr un encuentro duradero con ellos.

La fama de Palarea fué creciendo y los generales españoles, como más tarde el generalísimo Wellington, apreciaron sus magníficas cualidades de estratega y guerrero, no solo por los envíos de víveres que hacía de los cogidos al enemigo y los correos que interceptaba con órdenes para los mariscales franceses, sino por las noticias que sus espías le proporcionaban de los movimientos de las tropas imperiales y el temor que cundía en las pequeñas guarniciones francesas de ser asáltadas en cualquier momento. Así distraía importantes efectos en aquellos momentos en que se empezaba lentamente a reorganizar el maltrecho ejército español. De tal manera fué apreciada su utilísima labor que el día primero de abril de 1810, fué destinado oficialmente al ejército de la Izquierda y en cuya vanguardia luchó el día 26 mandando la acción que se desarrolló desde Soto Cochinos a Talavera de la Reina.

Perteneciendo ya de hecho al ejército regular, formando su primera vanguardia, una de sus principales misiones era la de tener informado constantemente al Cuerpo de Ejército de los movimientos de tropas ene-

migas y por ello aumentó sus celadas para coger prisioneros a correos imperiales y ya el 28 en el límite de la provincia de Cáceres, cerca de Puente del Arzobispo, en Torrico caía en su poder un correo de Napoleón destinado a su hermano José.

Seguía más tarde el curso del Guadarrama e intervenía el 14 de mayo junto al puente de Calbin, el 22 entre Cella y el Carpio, cerca de Torrijos, luchando contra la fuerte escolta que llevaba un edecan de José Bonaparte, portador de importantes pliegos para el ejército galo de Extremadura, al que dió muerte con la mayor parte de sus acompañantes.

El 31 de mayo combatía desde el puente de Calbin hasta la venta del Hoyo. El 2 de julio en Villa del Prado y el 10 en Casas Viejas (Avila) y en el puerto de Mijares. No todos los encuentros resultaban de éxito total, porque los guerrilleros tenían también sus bajas. En general, conviene repetirlo, la cualidad sobresaliente del guerrillero era la rapidez de la marcha porque sus victorias las solían lograr corriendo. No podían empeñar verdaderas batallas, pero a veces la sorpresa no resultaba completa o se veía contestada con una reacción inmediata del enemigo y entonces tenía que empeñarse una pequeña batalla con pérdidas por ambas partes que nunca eran muy elevadas, como en la acción del 14 de julio entre el Gordo y la Puebla de Naciados, en la carretera de Madrid a Badajoz, en la provincia de Cáceres, contra la escolta de un convoy de prisioneros españoles, en la que si bien el Médico pudo rescatar a 7 oficiales y 70 soldados españoles que eran conducidos a Madrid, en la refriega perdió a siete de sus mejores hombres. Ahora bien, el rescate de setenta y siete españoles bien valía la pérdida de siete de sus veteranos y más si algunos de ellos pasaron a engrosar sus filas.

En estos días reaparecía la movilidad de la partida del Médico que convertíase en sombra constantemente amenazadora de los dispersos franceses alejados de fortines y defensas bien preparadas. Tres días después de este combate Palarea aparecía combatiendo en los llanos de Oropesa, de nuevo en la provincia de Toledo. Pero la acción más importante de julio fué al finalizar el mes. Supo por sus espías, que lo eran todos los españoles honrados que tenían que vivir bajo el dominio francés, que camino de la Corte, en las cercanías de Madrid, marchaba un convoy enemigo con gran número de carros cargados de oro y plata, producto de la rapiña bonapartista, especialmente de las iglesias, con destino ulterior más allá de los Pirineos. Al galope de sus caballos la partida del Médico adelantó al convoy y preparó su emboscada que tuvo un resultado satisfactorio. Bien parapetado esperó la llegada del enemigo y cuando a la primera descarga cayeron a tierra mortalmente heridos gran número de húsares franceses, y el grito de ¡El Médico! resonó en los aires, los soldados imperiales, que ya conocían la certera puntería de aquellos



bravos guerrilleros y el valor que derrochaban en los combates, sin intentar entablar batalla con ellos, emprendieron la huída abandonando el valioso cargamento que custodiaban. Treinta y cuatro arrobas de plata y algunas libras de oro fué el botín obtenido, que D. Juan Palarea llevó personalmente a Badajoz para entregarlo en las seguras manos del marqués de la Romana.

La intensa acción de los guerrilleros no sólo producía el estrago y terror consiguiente en las huestes imperiales sino que obligaba a las fuerzas napoleónicas a no poder desplazarse nada más que en gruesas divisiones, pues la pérdida continua de hombres llevaba un constante aumento que producía la inquietud más viva en el estado mayor imperial. Una estadística del coronel alemán Schepeler, que militó en el ejército inglés en la campaña de la península nos dice que en los hospitales de Madrid, desde enero de 1809 a julio de 1810 murieron 24.000 franceses y quedaron inútiles más de ocho mil. A esto habría que añadir el número infinitamente superior de heridos. No podemos atribuir esta elevada cifra a la acción de las guerrillas, pero sí su mayor parte, pues Proudhon calculaba en 500.000 el número de soldados de Napoleón que perecieron en la guerra de la Independencia, en esta guerra de guerrillas, principalmente en emboscadas.

No significaba esto que los guerrilleros asesinaran a sus prisioneros y mucho menos Palarea. Las únicas medidas un tanto crueles eran tomadas cuando atropelladamente los generales y mariscales del Intruso arcabuceaban o ahorcaban a los guerrilleros caídos en sus manos y entonces se tomaban por las partidas iguales medidas de represalia, aumentando el número de sus víctimas con intento de evitar la repetición. Tal era la humanidad de Palarea, debido a su formación sacerdotal y médica, que pese a las calumniosas noticias lanzadas por la propaganda francesa contra los brigands, hubieron los jefes imperiales de reconocer el buen trato y cuidado del Médico con los soldados que caían prisioneros en su poder y a tal extremo llegó su respeto para el vencido o herido enemigo que el general conde de Belliard, gobernador militar de Madrid, en sus Memorias dice de Palarea «Le Medecin est un bon general, et un homme très humain».

El mes de agosto de 1810 fué otro de los meses de mayor actividad y actividad temeraria por parte de D. Juan Palarea. Llegó al extremo de inquietar seriamente al rey José, que hubo de tomar toda clase de medidas ante la audacia del guerrillero, quien al decir de varios historiadores tenía el propósito de hacerle prisionero, y cuando el 12 de agosto se presentó el Médico en la Real Casa de Campo y en Pozuelo de Aravaca, José Bonaparte pudo verle desde las ventanas de su regia morada, lo mismo que en otras ocasiones había visto al Empecinado o al Viejo de Sese-

ña. Quiso el rey Intruso castigar tanta audacia y envió en su persecución a un numeroso contingente de su gendarmería con los cuales escaramuceó Palarea hasta retirarse hacia el Guadarrama, dispersando sus fuerzas para reagruparlas seguidamente en el lugar convenido. La fuerza de las partidas estaba en el conocimiento y aprovechamiento del terreno, que les permitía una rápida concentración o la necesaria dispersión y así no más lejos del día siguiente Palarea derrotaba a una columna de infantería que iba en su persecución en Tremedilla.

Ante el fracaso de las diferentes medidas para terminar con el terror impuesto por la continua presencia de Palarea en las proximidades de Madrid recurrió el estado mayor francés al último y lamentable medio para terminar con él, la traición. Un francés que había militado en sus filas apareciendo como enemigo de la causa napoleónica no siendo otra cosa que un traidor puesto por las autoridades francesas para acabar con él, imposibilitado de cumplir su cometido volvió de nuevo con sus compañeros y como conocía las estratagemas y lugares de concentración de los guerrilleros con quienes había convivido, fué puesto al frente de una fuerte columna de caballería e infantería imperial para perseguir y aniquilar a la partida del Médico y terminar con los saqueos, asaltos y destrozos que aquel fantasma veloz realizaba en las cercanías de la corte josefina robando correos, apoderándose de convoyes o atacando destacamentos, fortines y guarniciones pueblerinas. La tenaz y feroz persecución del comandante Soubiran duró quince días con un resultado totalmente negativo. Con astucia Palarea supo rehuir el encuentro del enemigo, infiltrándose entre sus líneas y cambiando continuamente de posiciones.

Aun más, huyendo de sus perseguidores pasó al sur de Madrid y en Añover del Tajo, en el partido de Illescas (2 de septiembre), hizo frente inesperadamente a sus contrarios logrando derrotarlos de tal manera que las tornas variaron y el perseguido se convirtió en perseguidor por espacio de más de diez kilómetros. La victoria fué grande, porque con iguales fuerzas de caballería, de los franceses solo escaparon el comandante y seis soldados. Por su parte, si bien sufrió alguna pérdida fué escasa, aunque él pagó su contribución de guerra recibiendo una herida en el combate que no tuvo graves consecuencias. Al día siguiente envuelta su columna por fuerzas enemigas que habían acudido en socorro de sus derrotados compañeros y deseosos de rescatar a los prisioneros que llevaba, pudo pasar entre ellos sin ser apercibido y atravesando el Guadarrama y el Alberche con todos los cautivos que tenía llevó a sus fatigados hombres al valle del Tiétar, aunque una de las columnas francesas le persiguió tenazmente hasta aquellos lugares.

Restablecido de su herida y descansados sus hombres, el 11 y 12 de



septiembre combatía en Escalona y el 16 en el Real de San Vicente. Eran ya muchos los méritos contraídos por D. Juan Palarea con su partida en accidentada, dura y cotidiana contienda y el gobierno militar supo premiar sus servicios ascendiéndolo desde alférez de caballería al grado de teniente coronel de Milicias Urbanas con fecha 30 de septiembre. La pericia demostrada y el servicio que prestaba al ejército aliado eran inapreciables, pues no contentándose como otros guerrilleros con mantenerse a la cabeza de la vanguardia del ejército, se infiltraba entre las líneas enemigas y tenía en sobresalto continuo a los destacamentos diseminados por las diferentes poblaciones y aldeas castellanas, donde la bandera roja, señalando el peligro y proximidad de las partidas, ondeaba diariamente en lo más alto de los campanarios de sus iglesias.

No descansaba. El 4 de octubre atacaba a la guarnición de Valdemoro, el 14 la de Belinchón, el 15 luchaba en los vados de Añover del Tajo y el 19 frente de Yuncos, donde con 270 caballos acometió a 240 granaderos que escoltaban un convoy, los cuales abandonándolo se hicieron fuertes en una ermita. Pese a la proximidad de varias guarniciones francesas que estaban a la vista de dicha ermita y que intentaron socorrer a sus compañeros, el Médico después de cinco horas de fuego constante pudo incendiarla quedando todos sus defensores muertos, quemados y el resto prisionero. El 22 atacó sobre el puente largo del Jarama a una concentración enemiga y el 4 de noviembre pasó al norte de Toledo llegando a Fuensalida, donde libró otra escaramuza. Siete días después llegaba a las proximidades de su querida Villaluenga de la Sagra con el propósito de permitir algún reposo a sus huestes, dejar heridos, enrolar nuevos partidarios, enviar los numerosos prisioneros que llevaba consigo que obstaculizaban y retardaban su marcha a la retaguardia española, y, por último, desligarse de la columna que le perseguía. No pudo conseguirlo y el 11 sostenía un nuevo combate con las fuerzas contrarias que presurosas le acometían deseosas de rescatar los prisioneros y de vengar la muerte incruenta de sus compañeros en la ermita de Yuncos.

Albert Savine, recogiendo las memorias del mayor general inglés lord Andrew-Thomas Blayney que atravesó toda España desde Málaga a Irún en 1810 después de haber sido hecho prisionero en Cádiz por el ejército del general Sebastiani, nos dice que el 27 de noviembre de 1810 se detuvo el convoy en que iba hacia Madrid en Mora de Toledo, a la que titula aldea miserable, con objeto de esperar en ella la llegada de refuerzos, porque habían recibido noticias de que el Médico se había apostado en el castillo de Almonacid vigilando el camino de Toledo que ellos tenían que seguir. Por otro lado, parte de sus fuerzas estaban acampadas en los alrededores de Cabañas de la Sagra para vigilar el camino de Toledo a Madrid. Lord Blayney no es favorable a los españoles en sus Memo-

rias porque era protestante ni a los franceses por su antinapoleísmo, por tanto su relato es un tanto objetivo en esta parte de su narración. Hace memoria el general inglés de Palarea e indica como causa de su participación en la guerra las crueldades cometidas por los franceses en su familia cuando residía en Villaluenga y sigue diciendo, desesperado Palarea de ver sus bienes confiscados, su familia ultrajada y maltratada y el atropello continuo de la soldadesca imperial contra sus indefensos vecinos, planeó y puso en práctica su pensamiento lentamente madurado de intervenir en la lucha. Suenan las palabras de Blayney a hecho conocido y lo probable es que confundiera o fundiera la leyenda que corría de boca en boca referente al Empecinado, o la de Camilo Gómez, uno de los lugartenientes de Palarea, y la atribuyó al Médico. El cálculo que hace de los hombres que por entonces tenía Palarea es de 700 a 800 soldados de infantería y 400 de caballería. En cambio reconoce un valor inigualable a D. Juan a quien admiró y del que dice: «Sa valeur personnelle est si grande que son nom seul inspire l'effroi».

Pasaban los días y los jefes franceses del convoy que escoltaba a los prisioneros temerosos de la proximidad de la partida, pese a que habían aumentado su escolta en Valdepeñas con 600 hombres de infantería del regimiento de Wassan y 200 húsares del mismo cuerpo, enviaron sucesivamente a dos mensajeros a Toledo para pedir refuerzos e inquirir el estado del camino, pero ambos cayeron en manos de Palarea, por lo que se vieron obligados a esperar unos días más. Por fin el 29 muy de mañana con los refuerzos pedidos pudo el convoy seguir su interrumpido viaje.

Días más tarde, ya entrado diciembre, llegaron a Toledo los expedicionarios y más adelante, camino de Madrid, pasaron por la ermita cercana a Yuncos donde pudieron contemplar la capilla en ruinas que atacó y destruyó Palarea. Las noticias que allí les dieron fueron las de que un ayudante de campo, cuatro oficiales y sesenta hombres se habían refugiado en aquella ermita cuando volvían de Madrid de escoltar un convoy y fueron sorprendidos por la partida del Médico, y pudieron contemplar los cadáveres consumidos de aquellos hombres que murieron carbonizados al prender fuego los guerrilleros a la ermita. Dispares las cifras dadas por Palarea y los franceses aunque no exista mucha diferencia, explicada por la necesidad de no glorificar la hazaña de Palarea al combatir y vencer rotundamente a fuerzas casi similares a la suya y en omitir el abandono del convoy, ya que presenta la acción como si hubiera sido a la vuelta de Madrid. Pero esta pequeña variación refuerza la veracidad del hecho y la similitud de los relatos del Médico y Blayney es patente. El general inglés atravesó la península enfermo y malcontento de la fortuna y de los hombres, por tanto es explicable la diferencia existente entre unos y otros.

No acabaron aquí las victorias de Palarea en el año 1810, pues el 22 de diciembre sostuvo otro encuentro en la ermita de Finisterra, entre Mora y Consuegra con el consiguiente éxito que acompañaba a todas sus operaciones. Al acabar el año contaba oficialmente con 300 caballos y un número indeterminado de infantería. El resumen del año no podía ser más fructífero en cuanto a intervenciones armadas y a los éxitos conseguidos. Su nombre era temido y respetado, su partida aumentada considerablemente e integrada en el ejército de la Izquierda español, su valía reconocida con sus ascensos a teniente coronel de milicias e innumerables poblados y aldeas de las provincias de Toledo, Madrid y Avila librados de los impuestos de los jefes franceses le mostraban su agradecimiento aportándole toda clase de ayuda. La moral conseguida entre sus guerrilleros le vaticinaban un porvenir brillante y seguro para el año siguiente. La fortuna a la que él ayudaba con todo su esfuerzo le seguía fielmente.



1811

Llega el año 1811, que inaugura el 5 de enero con la acción de Tembleque que mandó personalmente. Con esta, su campo de lucha se había extendido considerablemente, puesto que alcanzaba la parte sureste de la provincia de Toledo por donde hasta entonces no había combatido. Señalamos por última vez y para siempre la extraordinaria movilidad de este genial guerrillero, quizá no igualada, porque su campo de acción se extendía hasta la provincia de Segovia, buscando el camino ideal del amparo de la fuerte cordillera Central, tan cercana al objetivo principal de sus afanes. Madrid le daba cita y le incitaba a entregarse a ella cuando la ocasión le fuera propicia. Otras veces era la provincia de Avila, continuando al amparo del mismo sistema Central, para pasar después al norte de los montes de Toledo, a la meseta de Ocaña y cerrar su circuito en los afluentes de la derecha del Tajo. En el centro, Madrid, señalaba la dirección de sus movimientos, tanto de los suyos como de los restantes guerrilleros que combatían en Castilla la Nueva. Alarde de acción y energía, de valor y audacia, conocimiento del terreno y rápida comprensión del momento oportuno para intervenir. Estas cualidades llamaron de nuevo la atención del Cuartel General del ejército español, que comprendiendo la beneficiosa acción de su guerrilla le incluyó con la nueva reforma llevada a cabo en el mes de febrero en el 5.º Ejército de operaciones, que sustituía al Ejército de la Izquierda y por orden del general de dicho Ejército dada en 1 de mayo, Palarea organizó la partida de su mando en cuerpo franco con el título de Escuadrones de Húsares Franco Numantinos, con fuerza de 668 hombres y 710 caballos. El regimiento anhelado empezaba a formarse.

Tiene una gran fuerza simbólica el título elegido por el Médico para su partida. El que sus soldados fueran en adelante húsares Numantinos significaba una obligación contraída de emular a los celtíberos y sobre



todo implicaba el propósito bien definido de hacer guerra total al enemigo. Numancia representa en la historia patria la resistencia a muerte al invasor, la guerra total de vencer o morir sin intermedio alguno, sin treguas ni pactos. Con ello aumentaba su responsabilidad y obligaciones, porque además su misión iba cambiando, ya no era el pequeño grupo que asaltaba un convoy en cuidada emboscada o interceptaba un correo imperial, era una fuerza exploradora de la vanguardia del ejército español con misiones más arduas y difíciles, porque llegaban hasta el extremo de abastecer obligatoriamente a su cuerpo de Ejército y auxiliarle en el momento necesario de estar empeñado en una acción de envergadura. No indica esto que abandonara sus primeros objetivos, sino que, junto al aumento de responsabilidad, había aumentado también las misiones a cumplir.

Se le presentó entonces una ocasión de lograr mayor fama y no la desaprovechó, ganando con ello un renombre extraordinario. El principal protagonista de este hecho nos lo cuenta en sus Memorias. El por entonces coronel Lejeune, edecán del príncipe de Neufchâtel y de Wagram, Alejandro Berthier, jefe del Estado Mayor Imperial, marchó desde Toledo a Madrid portador de importantes documentos de los mariscales franceses en tierra española para el Emperador, de una importancia extraordinaria, pues eran documentos explicativos de la marcha de las operaciones de sus respectivos ejércitos. Salió de Toledo en los primeros días del mes de abril de 1811 con una pequeña escolta de 25 dragones badenenses, pertenecientes a la brigada que Baden había enviado a España en 1808 al servicio de Napoleón, después de la ocupación por éste del ducado. Sin novedad alguna llegó Lejeune a Cabañas de la Sagra, un pueblo por entonces de 85 casas, aislado en medio de la llanura de la Sagra. Estaban rodeadas estas 85 casas de un débil muro, en el cual el comandante francés de Cabañas había mandado abrir aspilleras para poder defenderse de los ataques por sorpresa de las partidas, que dueñas de los campos inmediatos merodeaban por los alrededores esperando la ocasión de ocuparla por sorpresa. Estando en Cabañas supo el coronel Lejeune por el comandante del puesto que 600 u 800 hombres de la partida del Médico habían estado en aquella llanura durante ocho días con sus correspondientes noches esperando su vuelta a Madrid, que ellos juzgaban debía verificarse por entonces y que solamente la noche anterior se habían retirado cansados de la larga e inútil espera. Lo que no sabía el comandante de Cabañas era que, junto a la espera del coronel Lejeune, Palarea aprovechaba el tiempo para dar reposo a su gente que bien lo necesitaba, después de las intensas jornadas de los meses anteriores, y que su desaparición de las proximidades de Cabañas la noche anterior era sólo una estratagema para confiar al edecán del príncipe de Wagram.

Creyendo alejado el peligro y encontrándose apremiado para llegar a Madrid y entregar la correspondencia que llevaba de los mariscales franceses para el rey José y Napoleón, Lejeune aumentó su escolta con 60 soldados de infantería que le entregó el comandante de Cabañas. A la altura de Yuncos, aproximadamente un kilómetro antes de llegar a Illescas, encontraron en su camino restos de hombres y caballos que entremezclados yacían en tierra. El oficial de infantería que le acompañaba explicó que poco tiempo antes—en octubre del pasado año—ochenta granaderos franceses que escoltaban un correo imperial habían sido atacados por la partida del Médico; intentaron huir abandonando la escolta y, viéndose imposibilitados de escapar a su persecución, se refugiaron en una ermita donde tras breve y feroz defensa habían muerto todos víctimas del incendio provocado por la partida de Palarea.

Confiado en su numerosa escolta y en la proximidad de Illescas, donde existía una fuerte guarnición, marchaba tranquilo el coronel Lejeune cuando, casi en el mismo lugar donde seis meses antes fueron asaltados los granaderos franceses, todavía a la vista de Yuncos, fueron acometidos por los Numantinos de Palarea. La sorpresa, la rapidez y el valor con que los guerrilleros se lanzaron a la lucha hizo terminar rápidamente la resistencia de la escolta francesa del ayudante de campo del príncipe de Neufchâtel que, en el desigual combate, lucharon con brío, pero los guerrilleros temerosos de la llegada de refuerzos acometieron con mayor ímpetu acabando con su resistencia. Todos los granaderos de la escolta quedaron en el campo de batalla, así como la mayor parte de los soldados de infantería que les acompañaban. El resto prisionero.

Lejeune mismo estuvo a punto de ser muerto porque, rodeado de enemigos, se negaba a entregarse y rendir las armas, continuando defendiéndose enérgicamente con las fuerzas que daba la desesperación. El mismo nos relata su prisión: *j'allais succomber lorsqu'un homme a cheval, portant quelques insignes d'officier, se fit faire place dans cette bagarre et me cria plusieurs fers du haut de sa monture: «Quién es Vd! quién es Vd!... je fui quelques instanti sans lui répondre... Il fit cabrer son cheval pour approcher plus près de moi, et répéta vivement la même question: «Quién es Vd?—J'entendù enfin et je répondù: Colonel. ¡Ah, es un coronel, s'écria-t-il, no matarle!*

Los Numantinos, ante la resistencia que oponía Lejeune, estaban furiosos y costó mucho trabajo al teniente coronel Palarea hacerse oír y obedecer para salvar la vida del coronel francés. Viéndole tan fatigado, a punto de desfallecer, Palarea le gritó «No tenga Vd. miedo». Después de hacer nuevamente encabritar a su caballo para apartar a los que aún persistían en atacar a Lejeune, el Médico encargó a dos de sus jinetes que le sacaran del campo de batalla.

Tras una rápida marcha de ocho o diez kilómetros por zona montañosa con sus dos acompañantes, los tres jinetes echaron pie a tierra para esperar al grueso de la partida. Cuando llegaron los Escuadrones Franco Numantinos, con Palarea a la cabeza, éste tranquilizó al coronel Lejeune exponiéndole que no era tan cruel como para asesinar o maltratar a sus prisioneros sin armas en la mano, y con objeto de que sus soldados respetaran al prisionero, les dijo que se cuidaran convenientemente de él, pues era «un neveu du roi Pepe» y lograrían un crecido rescate o el canje por algún jefe español.

Anduvieron después hasta Casarrubios del Monte, donde llegaron al galope de sus caballos. Allí los Franco Numantinos pasaron la noche. Casarrubios era un poblado de gran importancia puesto que este mismo año el gobierno del Intruso la señaló como una de las cabezas de subprefectura establecidas en la provincia de Toledo. En tanto, un Numantino por orden de Palarea llevaba a toda velocidad hacia el cuartel general del 5.º Ejército la correspondencia cogida a Lejeune.

Poco antes de amanecer del día siguiente, convenientemente preparados, los Numantinos se pusieron en marcha. Antes, D. Juan Palarea hizo que llevaran el desayuno a los prisioneros. Consistió este en una modesta ración de pan y agua; enviando una mula para el coronel Lejeune con objeto de alejarse de aquellos lugares, bastante transitados por las tropas francesas, para trasladarse a donde no existiera posibilidad de ser sorprendidos por la columna móvil del comandante Soubiran que, por orden del rey José, llevaba varios meses dedicado inútilmente a la persecución de los Escuadrones del Médico.

En su camino, los Numantinos supieron por un campesino abulense que el general francés gobernador de Avila acababa de hacer ahorcar a dos guerrilleros españoles que había hecho prisioneros con las armas en la mano. La indignación de los Franco Numantinos ante esta noticia fué grande, porque estando ya reconocidos como cuerpo franco, según las leyes de guerra, se les consideraba como fuerza combatiente cooperadora del ejército regular, aunque sin pertenecer a éste, y por tanto tenían derecho al trato de beligerante oficialmente. Costó mucho trabajo a D. Juan Palarea evitar que ejecutaran a Lejeune en aquel mismo momento. Parecía haber desaparecido el peligro cuando poco más adelante, un aviso semejante reavivó el furor de los Numantinos, lo cual obligó al Médico a ceder a sus justas exigencias. Pronto se hicieron los preparativos para ahorcar al coronel francés en un huerto cercano. Las condiciones de una guerra cruel impuesta por el vencedor obligaba a mantener iguales represalias por parte del vencido con objeto de hacer cesar tales medidas. Palarea no podía obligar a sus soldados a dejar de vengarse de los asesinatos cometidos en Avila. Poco amigo de la crueldad, por su

temperamento y formación, ante las exigencias de sus indignados guerrilleros, el teniente coronel Palarea tuvo que doblegarse a las circunstancias. Y no era sólo en este instante. Muchos historiadores franceses refieren que, en el Pardo o Zarzuela, en Aravaca o en la Real Casa de Campo, cuando no en las mismas avenidas que conducían a Madrid amanecían colgados dos o tres franceses en compensadora venganza de la muerte en mala forma de algún guerrillero. El mismo José Bonaparte, aunque dándole otro sentido totalmente distinto, nos dice en sus Memorias «Les Français ne pouvaient se montrer dans les promenades extérieures de la villa de Madrid, sans courir le danger d'être enlevés».

La orden de ejecución había sido dada por Palarea y el coronel Lejeune recurrió a una última instancia para salvar su vida, prometiendo intervenir cerca del Emperador para acabar con estas recíprocas atrocidades. Reconoce el edecán de Berthier los buenos propósitos del guerrillero para salvarle la vida pero sin que encontrara medio alguno para lograrlo. Sin embargo, cuando llegó el momento temido, que Lejeune describe dramáticamente, se oyeron cinco o seis disparos de fusil a lo lejos, lo que evitó la ejecución, por la rápida partida de los guerrilleros montados en sus caballos hacia el lugar donde se habían oído aquellos disparos. Quedaron por orden del Médico doce hombres para custodiar a los prisioneros y a los cuales les ordenó que en caso de tener necesidad de huir, si se presentaban fuerzas enemigas, los ejecutasen para que no estorbaran su marcha.

En la noche del día ocho de abril tuvieron conocimiento los prisioneros que la escolta de un correo imperial que procedía de Escalona, en la creencia de que los Numantinos de Palarea se encontraban lejos de aquellos territorios, se habían aventurado a salir y caminaba tranquilamente a orillas del Alberche con intento de tomar la carretera general de Extremadura que de E. a O. atraviesa Valmojado con dirección a Madrid. Las avanzadillas de los Numantinos la habían atacado y sus disparos escuchados en el campamento habían salvado la vida al edecán del mariscal Berthier.

El ataque se había verificado el día seis de abril en Méntrida contra la escolta del correo de Napoleón, la cual, después de una corta resistencia con pérdidas cuantiosas, hubo de retroceder hacia Escalona dejando en manos de los Numantinos numerosos prisioneros; tres de ellos heridos fueron arcabuceados antes de ponerse en marcha. Volvieron los guerrilleros a donde tenían sus prisioneros y desde allí continuaron la marcha, yendo al frente D. Juan Palarea que caminaba taciturno con fruncido ceño. Relata a continuación Lejeune las costumbres, armas, caballos y vestimenta de los Franco Numantinos. Armas que no tenían que fabricar porque en su mayoría eran cogidas a los franceses, lo mismo que los

caballos que montaban. Su vestuario, múltiple y diverso con notas de variado colorido, porque si bien la mayoría llevaba el uniforme de húsar conforme al uso reglamentario del cuerpo a que pertenecían, otros vestían uniformes cogidos al enemigo y entre ellos se mezclaban los de cocareros, dragones e incluso trajes civiles. Tampoco era perfecto su abastecimiento porque comían sobre la marcha con lo que encontraban a su paso, bien proporcionado por la Intendencia enemiga, bien lo recogido a las dispersas tropas francesas puestas en huída o simplemente lo que les suministraba el terreno por donde pasaban.

Refiere García Rodríguez, recogiendo noticias de esta época, que era tanta la sobriedad de su comida que, como solían comer harina de algarrobas amasada con leche, salvado cocido, hierbas y sebo, se estrechaban sus estómagos y sufrían frecuentes jaquecas. Y muchos que se encontraban en esta situación, durante el descanso metían la mano en agua hirviendo y cortando la más hinchada de sus venas se practicaban una sangría y cauterizaban la herida con yesca, siguiendo después la marcha al mismo ritmo que sus compañeros. Por último, refiere Lejeune, que su máxima ante el enemigo numéricamente superior era ¡Son muchos, salvarnos! ¡Son poca gente, acometemos!

Contentos los Numantinos del éxito logrado con la captura del edecán del alto jefe de Estado Mayor de Napoleón y de la victoria obtenida sobre la escolta del correo destrozada en Méntrida, marchaban alegres con los numerosos prisioneros cogidos en ambos encuentros, pero lo hacían rápidamente para distanciarse de la columna móvil del comandante Soubiran enviada en su persecución por el rey José, en igual forma que el general Hugo perseguía inútilmente al Empecinado por tierras de Guadalajara.

Cuando llegaron a orillas del Alberche se encontraron con que la barca que servía para atravesar el río estaba deshecha; el Alberche baja con gran caudal, los pasos vadeables les eran desconocidos y la columna Soubiran iba a sus alcances. El peligro crecía conforme pasaba el tiempo y la solución no se hallaba. Una vez más el ingenio de Palarea salvó a sus húsares encontrando un medio para salvar el obstáculo. Había visto pacientemente un hato de bueyes en las proximidades del río en medio de una pradera. Envió a unos pocos de sus jinetes para que con sus lanzas pincharan y obligaran a los toros a atravesar el río al no encontrar otra salida del círculo amenazador formado a su alrededor. Obligados los bueyes se lanzaron al agua y en el mismo momento que todo el hato se hallaba en el río, los guerrilleros, apercebidos, se lanzaron unos veinte pasos más abajo, con lo que la impetuosidad del crecido Alberche no les alcanzaba al ser detenida por los toros que bramando nadaban contra la corriente en busca de la otra orilla. Así pudie-

ron pasar húsares y prisioneros sin que la corriente llegara a arrastrar a ninguno. En la otra orilla pudieron descansar tranquilos y sin temor de ser alcanzados por la columna perseguidora.

Al caer la noche de este mismo día llegaron a Villa del Prado, en las estribaciones del Sistema Central, donde tranquilamente hicieron alto, disponiéndose a pasar la noche y repartir el botín tomado en los días anteriores. Los documentos, leídos personalmente por Palarea, le hicieron comprender la importancia que tenían y el valor que representaba su conocimiento para los jefes aliados, enviándolos inmediatamente al cuartel general. Hace notar Lejeune la cautela y discreción del jefe guerrillero, pues conociendo bastante bien el idioma francés aparentaba ignorarlo para no inspirar desconfianza a sus hombres hablando con los prisioneros en su idioma que ellos no conocían y que podía despertar algún recelo.

Conviene pensar un momento en la diferencia existente entre el ejército regular y los cuerpos francos. En el ejército el soldado cumplía fielmente las órdenes de sus jefes, mecánicamente, porque tenía aceptada y reconocida su jerarquía militar. En cambio en las partidas la obediencia se verificaba únicamente por un acto de fe que los hombres ponían en el jefe, esto le obligaba a ser el primero en las batallas, a solucionar todos los problemas que se les presentaban y a llevarles de victoria en victoria. La derrota del ejército se compensaba con la disciplina que obligaba al soldado a continuar sirviendo fielmente a sus superiores. En los cuerpos francos la repetición de hechos desastrosos ocasionaba la desertión, el abandono del fracasado jefe o la aparición de otro caudillo que formaba una nueva partida o fusionaba la suya con la desorganizada y abatida guerrilla que se negaba a seguir luchando con un jefe que había perdido el prestigio y no les proporcionaba cómodas victorias y rico botín. El ejército era el conjunto disciplinado de soldados que combatían a las órdenes de los jefes que se les imponía. La partida era un hombre al que rodeaban un grupo más o menos numeroso de admiradores que le seguían fielmente confiando en sus cualidades sobresalientes y que no vacilaban en llevar a cabo los hechos más temerarios que pudieran presentarse porque sabían que a su cabeza, delante de todos, el jefe de partida les llevaba a la victoria y sería el que se encontrase en el lugar de mayor peligro y el que en un momento de apuro estaría a su lado. Por esto el guerrillero se convierte en un padre de familia de todos los hombres que le siguen y con los cuales comparte su vida, penas y alegrías, privaciones o fortunas.

Las partidas estaban formadas por hombres a los que había unido el propósito de vengar los incendios, saqueos y violencias cometidos por los franceses contra las poblaciones indefensas o por el deseo de ganar con



las armas un puesto destacado en la vida militar que les sacaría de la oscuridad de sus aldeas. Muchos por verdadero fervor patriótico de ayudar con su persona al esfuerzo común de expulsar al invasor y algunos, los menos, gente ambiciosa de botín que llegaron a degenerar en verdaderos bandidos. Los tres primeros indicados entraban en la vida de D. Juan Palarea y por ello encontró la fe de sus hombres constantemente puesta en él y por eso nunca llegó a encontrar en su camino al peor enemigo de la guerrilla, la traición. Una vez la sufrió, pero fué de un francés, supuesto desertor enrolado únicamente con este fin, que no pudo lograr sus propósitos por la severa vigilancia de Palarea y por la fidelidad a toda prueba de sus hombres. Contra los que formaban el cuarto grupo antes señalado, los ambiciosos que terminaban siendo infames bandidos, lucharon también los guerrilleros y, Palarea, lo mismo que Mina, Porlier o el Empecinado se declaró abiertamente enemigo y enemigo encarnizado de toda partida dedicada al robo y de aquellos que no reconociendo su autoridad campeaban en el territorio por ellos elegido para su actuación.

Siguiendo las instrucciones que tenía de sus jefes militares, el Médico permitió al coronel Lejeune que escribiera al mariscal Berthier y a otros jefes franceses de Madrid exponiendo su prisión y la posibilidad de ser canjeado por otro español. Estas cartas abiertas fueron enviadas a la corte del rey José. Después, como el frío era intenso, dió una vieja capa de pastor abulense a Lejeune y, conforme a lo que tenía ordenado, le envió al día siguiente a la provincia de Salamanca, al cuartel de don Julián Sánchez, con una escolta de doce hombres a los que encargó que le trataran con «distinción». La despedida del médico guerrillero y del coronel francés fué amistosa. Palarea le prometió seguridad en su viaje y que las cartas de contestación de Madrid las recibiría en el cuartel general español, por lo que no tardaría en lograr su libertad. Lejeune en sus Memorias deja traslucir su admiración y simpatía, en un constante elogio del guerrillero de quien había sido huésped forzados breves días y del que destaca que en los intervalos de su constante pelear se convertía en un hombre sencillo, culto, ingenioso y hablador.

Y aquí termina la aventura y encuentro de Lejeune y Palarea. Años más tarde el ya general Lejeune al escribir sus Memorias y recordar su estancia junto a los Numantinos expresaba su admiración hacia el caudillo generoso con quien había convivido escasos días. Paso a paso puede reconstruirse la vida de los Franco Numantinos en los días que el ayudante de campo de Berthier pasó a su lado, aunque algún autor, enemigo político años más tarde del por entonces diputado Palarea, como lo era el conde de Toreno, tratara inútilmente de paliar este glorioso hecho, escribiendo que Lejeune había «representado el lance con presu-

mido pincel y valiéndose de la licencia que se concede a los pintores y a los poetas».

No exageró, si cabe hubo disminución por parte de Lejeune de los efectivos franceses derrotados por Palarea, y prueba de lo brillante de su acción es que el día 26 de abril, a los siete meses escasos de haber sido nombrado teniente coronel de Milicias Urbanas, era ascendido por su general al grado de comandante efectivo de Húsares y en primero de mayo, por orden del general jefe del 5.º Ejército, al que pertenecía, reorganizó su partida que se convirtió en los Escuadrones de Húsares Franco Numantinos, con una fuerza total de 668 hombres y 710 caballos.

Nueve días después de reorganizadas sus fuerzas probó fortuna con un encuentro en el puente de Retamar, donde una vez más le sonrió el éxito, completado el 13 de mayo con un ataque en real sitio de Aranjuez. Un mes más tarde, en la noche del 18 al 19 de junio tuvo forzosamente que enfrentarse con una columna enemiga compuesta de caballería y de infantería que acompañaba a un correo, del que logró apoderarse buslando la tenaz persecución emprendida contra él. Otro importante hecho de armas fué el 28 de junio en Villaviciosa de Odón y por estas dos acciones de guerra recibió oficialmente las gracias de la Regencia, y no solo esto sino que, con fecha dos de septiembre, fué nombrado por el general jefe del 5.º Ejército, coronel de los Escuadrones de Húsares Franco Numantinos por el mérito que había contraído creándolos, organizándolos y disciplinándolos, justamente a los cuatro meses y seis días de haber alcanzado la graduación de comandante. Esto indica el grado de efectividad que había logrado alcanzar con sus hombres y lo apreciados que iban siendo sus servicios.

La acción de los nuevos escuadrones de húsares se fué haciendo más intensa conforme avanzaba el año. El 21 de julio intervenía en Santa Olalla, cerca del Alberche, el 21 de agosto en el lugar donde había ejercido su profesión de médico, su querida Villaluenga de la Sagra, y el 15 de septiembre en Huecas, cerca de Torrijos. Pero aspiraba a mayores heroicidades y con sus formados Escuadrones intentó una acción atrevida. El día 20 de septiembre puso cerco a Illescas, población importantísima como nudo de carreteras y por donde pasaban las de Extremadura y Andalucía. El bloqueo se alargó los días 21 y 22, aunque resultó inútil porque importantes efectivos franceses acudieron a socorrer a los sitiados y en tan breve tiempo era imposible que sin sorpresa una partida, por numerosa que fuera, pudiese ganar una plaza sitiándola como un ejército perfectamente organizado. Su misión era muy diferente y si ocupaban alguna población se debía a un golpe de audacia o al ataque imprevisto sorprendiendo a la desprevenida guardia. Pero aunque resultara

inútil el intento de Palarea nos vale para poder apreciar la moral del nuevo coronel de húsares con proyectos cada día mayores.

No impidió este fracaso que al día siguiente de levantar el cerco apareciera combatiendo en San Martín de la Vega a orillas del Jarama cubriendo un convoy de ciento cincuenta pasados, a más de 41 prisioneros y presos que remitió al 5.º Ejército. Se trasladó entonces a la provincia de Toledo y atacó en Sonseca, el 16 de octubre un convoy. En noviembre sintióse atraído hacia Madrid, tanto por serle un terreno muy conocido como porque las presas eran más abundantes en las proximidades de la capital del reino, y sobre todo esperando la oportunidad, con tanto ahínco buscada de que se le presentara la ocasión de un golpe de mano afortunado, bien sobre el rey José como sobre cualquiera otro de los jefes que convivían con él en la residencia real. Su audacia llegó hasta el extremo de que los soldados de guardia, en las diferentes puertas de Madrid, habían de ocultarse tras las puertas o adarves porque inesperadamente un certero disparo daba fin a sus vidas, sin que se pudiera pensar en perseguir a los temerarios guerrilleros, porque cuando salían fuerzas en su persecución, o se hallaban muy alejados atacando en otro lugar, o emboscados en mayor número esperando ocultos a los perseguidores para aniquilarlos totalmente con el acierto de su fuego. Táctica no nueva y muy usada por los musulmanes españoles pero que, pese a ser muy conocida, no dejaba de dar el éxito apetecido en muchas ocasiones y a tal extremo llegó la audacia de estos guerrilleros, en especial el Empecinado y el Médico que la guarnición francesa de la capital de España no se atrevía a salir fuera de ella sino en fuertes contingentes.

En noviembre luchaba Palarea en las cercanías de Chinchón (día 13) y en el puente de Guadarrama (día 26). Y en el mes de diciembre cabe recordar tres hechos importantes. El día 15, con 200 jinetes sorprendió a un destacamento de infantería enemigo que custodiaba numeroso ganado arrebatándosele y, aunque fué perseguido por una columna, pudo escapar con su botín, dejando sobre sus pasos los cadáveres de dos oficiales y cincuenta soldados atacantes. El segundo, el día 24, combate sostenido en Méntrida y Villa del Prado, y el tercero, al acabar el año en la cañada de Guisando, frente a San Martín de Valdeiglesias, con 300 caballos útiles se batió frente a más de 500 infantes franceses, a los que causó las pérdidas de su jefe y 150 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Ya no era una partida más la fuerza que mandaba D. Juan Palarea, coronel de húsares, sino un numeroso cuerpo franco, perfectamente disciplinado y obediente a la menor orden. Su táctica no era la alocada acción de los primeros días, ni la emboscada con ataque por sorpresa buscando causar bajas para emprender seguidamente la huida. Su objetivo no era solo el pequeño convoy, el correo de escasa escolta o el solda-



do solitario, ni la corta guarnición de algún poblado. Su acción se extendió entonces a grandes ciudades, fuertes destacamentos y al aniquilamiento de las fuerzas contrarias. Su táctica variaba al compás del crecimiento de su hueste. Sus escuadrones se dividían cuando era necesario y atacaban unidos o por separado y a la misma hora en dos frentes cuando el objetivo era diferente. La guerra había tomado un cariz distinto y la táctica variaba conforme las necesidades y los medios cambiaban. La organización de sus Escuadrones se iba perfeccionando cada día y los resultados cada vez eran más beneficiosos. La bandera roja señalando el peligro próximo de los guerrilleros de Palarea ondeaba en los poblados y ciudades de las provincias de Toledo, Madrid y Avila y el nombre del Médico era popular y sonaba a los cuatro vientos. El coronel de húsares Palarea y Blanes se había hecho famoso.

Finalizaba el año contando sus Escuadrones con 600 caballos, la poderosa fuerza de su empuje y, por orden de su general empezó a organizar un cuerpo de infantería que, con el título de Cazadores de Numancia contaba a últimos de este año con 267 plazas.



1812

Empezaba otro año, el año 1812, célebre por el afianzamiento, en el triunfo y expulsión de los franceses y por la proclamación de la Constitución de Cadiz. Año en que iban a verificarse los movimientos decisivos en la guerra por la independencia de la Patria. Varía también el sentido y medios empleados en la lucha aunque se mantuviera el mismo fin. La presencia al frente del logrado ejército aliado anglohispano de un guerrero de la talla de lord Wellington hizo más fructífera la labor de los que luchaban contra el Intruso. Son los triunfos de Ciudad Rodrigo, Badajoz, Arapiles y Madrid. No ganó el duque de Ciudad Rodrigo las batallas solamente con sus tropas inglesas sino con la ayuda eficaz de los militares españoles, pero su mayor triunfo lo obtuvo cuando reorganizado el ejército español, éste empezó a dar pruebas de su calidad insuperable. Ya no eran ejércitos de soldados sin adiestrar, luchando contra veteranos de cien batallas. El soldado bisoño no sucumbía estérilmente en el campo de batalla haciendo inútil su valentía y arrojo o su muerte, por falta de dirección. También supo Wellington apreciar el valor que representaban las guerrillas que no permitían a los franceses dominar nada más que el terreno que pisaban, ahora coordinadas a las fuerzas regulares prestaban sus valiosos servicios en la vanguardia del ejército aliado. Si bien dependían del general en jefe del Ejército en que estaban encuadrados y cumplían fielmente sus instrucciones los guerrilleros tenían amplia libertad para operar. Los frutos de esta acción combinada fueron cuantiosos; la síntesis victoriosa se había logrado y los brazos dependían de nuevo del cuerpo y obedecían a la cabeza. La desunión cesaba y la unión, nuevamente daba el triunfo.

Y empieza el famoso año de 1812. El 5 de enero mandaba brillantemente Palafox la acción de Pinares de Cadalso, cerca de San Martín de Valdeiglesias y dos días más tarde extraía de la ermita de Poveda, a una



legua del Pardo, gran cantidad de plata allí almacenada por los franceses con destino a su país, producto de inconfesables rapiñas cometidas en los pueblos castellanos. Pero el hecho no fué fácil porque tropas enemigas se hallaban próximas y con orden de recogerla para llevarla a Madrid. Enterado Palarea se adelantó a la acción de los imperiales y, pese a la cercanía de acantonamientos de tropas, los franceses no se atrevieron a disputar su presa al Médico que les ofrecía batalla. Su nombre iba inspirando un saludable temor. Por su acción de 31 de diciembre y por esta del nuevo año recibió las gracias de la Regencia gaditana.

El 12 de enero atacaba Madrid por el lado de las Delicias y Atocha, estando el rey José en la capital. Cubría su caballería todos los caminos que conducían a la Corte. El embajador conde de La Forest cuenta en su Correspondencia uno de los actos de Palarea que puso en conmoción a toda la corte de José Bonaparte. El día doce de enero a las tres de la tarde, el coronel de Choiseul se paseaba a caballo seguido por un asistente por las Delicias, bajos los muros de Madrid. En su caminar apercebido a cuatro jinetes con casco y uniformes encarnados que, al parecer, se habían dado cuenta de su presencia antes que él de ellos y se dirigían hacia el lugar donde había detenido su caballo. Cuando estuvieron más cerca pudo reconocerlos como a enemigos y justamente sospechó que intentaban prenderle. Rápidamente el coronel de Choiseul buscó el medio de huir de aquellos caballeros y, en lugar de volver sobre sus pasos, lanzó al galope su caballo a través de los campos cultivados que se hallaban a su izquierda buscando un sendero que le condujo en breves instantes a la puerta de la calle de Embajadores. Los cuatro jinetes le persiguieron con todo ahinco y si pudo salvarse lo debió a la velocidad de su montura. En cambio su asistente que montaba un caballo inferior fué alcanzado, herido y abandonado creyéndole muerto.

A un tiro de fusil del coronel francés aparecieron otros doce caballeros de treinta que se hallaban emboscados en el paseo de la Granja, dispuestos a ayudar a sus cuatro compañeros. La carrera les resultó inútil debido a la magnífica calidad del caballo del coronel de Choiseul. Los diez y seis se detuvieron a corta distancia de la puerta, donde el centinela se puso en disposición de defensa. Se cambiaron por ambas partes algunas bravatas y denuestos, buscando los caballeros de Palarea, con sus injuriosas palabras, la salida del centinela de su segura posición. Después, los 16 jinetes continuaron tranquilamente su camino a lo largo de la avenida de las Delicias que terminaba en la puerta de Atocha, sin ser molestados. Y con tal confianza caminaban, sigue diciendo La Forest, estos jinetes del Médico, que se dedicaron a la caza humana, jugando a perseguir a los paseantes de uniforme que habían salido a tomar el sol, siendo varios de ellos gravemente heridos y dos muertos. En tanto, se



apiñó la multitud en aquellos lugares; la población madrileña acudía presurosa al anuncio de la aparición del Médico en las Delicias y acudía como los aficionados que asisten a las corridas de toros. Al primer grito de ¡los nuestros!, expresión común de la gente de Madrid, continúa relatando el embajador francés, todo el pueblo de aquellos barrios, acudió presuroso y, aunque algunos jinetes de la gendarmería real aparecieron en aquel paseo, e incluso el centinela avanzó algunos pasos delante de su puerta, los caballeros Numantinos siguieron aparentemente perdiendo el tiempo, persiguiendo, saqueando, cortando atalajes, maltratando y matando, insultando a todo francés de uniforme que encontraban al paso, robando los mulos y divirtiendo y alegrando a las ávidas y curiosas madrileñas que con satisfacción presenciaban aquel valeroso desfile de los que «considerent comme des amis». Finalmente se retiraron, siempre al paso, por la avenida que frente a la puerta de Atocha conducía a un puentecillo sobre el canal. La gendarmería real no se atrevió a perseguirlos por temor a una emboscada, pues, al parecer, tal era el objetivo buscado por aquellos temerarios jinetes que intentaban atraerles a su persecución.

En efecto, según se averiguó después, o por lo menos oficialmente se dijo para disculpar la inactividad de la gendarmería, estos 16 jinetes formaban parte de un escuadrón de 250 Numantinos, que se hallaban muy próximos, distribuidos a lo largo del canal, en tanto que otro escuadrón de 200 caballos se encontraba a dos leguas de aquel lugar, en las cercanías de Leganés. La escasa gendarmería real e imperial que había quedado en Madrid, aunque llegó a montar a caballo no se atrevió a salir para enfrentarse con los guerrilleros.

Al día siguiente todos los habitantes de la capital de España, curiosos por conocer los lugares donde los Numantinos habían estado, y deseosos de ampliar las noticias que hasta ellos habían llegado, quizá esperanzados con la repetición de aquella hazaña, se trasladaron a las Delicias, que muy pronto fueron insuficientes para contener a la multitud de curiosos. En grandes grupos o paseando comentaban las noticias del día anterior, las escasas tropas imperiales que guarnecían Madrid y la pobre defensa que hubiesen podido ofrecer contra un ataque bien organizado de un fuerte contingente de españoles, porque la guarnición de Madrid no sólo era insuficiente, sino que estaba mal organizada. Se dijo que si, en lugar de dividir en dos los Escuadrones el coronel Palarea, las cuadrillas hubiesen estado colocadas a lo largo del canal y atacado sin entretenerse las puertas de Atocha, Embajadores y el puente de Toledo, los pocos soldados españoles, afrancesados, que estaban de guardia en ellas, sin municiones y la guardia cívica que no tenía ni piedra para sus fusiles, no hubieran podido impedir su penetración hasta bastante



Murcia
U.

lejos y además habrían encontrado la ayuda de la multitud, del pueblo bajo que se hubiera agolpado a su alrededor, como lo demostraban los comentarios que hacían al día siguiente en el paseo de las Delicias.

Aun más, el mariscal Jourdan, jefe del Estado Mayor de José Bonaparte, escribía el día 13 de enero al príncipe de Neufchâtel, mariscal Berthier y le decía: «Lorsque les brigands se sont présentés aux portes de Madrid, la foule s'y est portée et il n'y a pas de doute qu'elle ne se serait réunie à eux s'ils étaient entrés. Je suis aussi bien convaincu que les troupes espagnoles en auraient fait autant et qu'il y aurait en bien des Français égorgés avant que le peu de garde royale qui est ici eût été en mesure d'agir pour les chasser de la ville».

No se puede dudar que se presentó una magnífica ocasión para dar un golpe de mano sobre Madrid que hubiera elevado a Palarea a las cumbres de la fama, pues el momento era propicio, pero tampoco conviene olvidar que probablemente Palarea no ignoraba el estado deficiente en que se encontraba la guarnición, así como la posibilidad de encontrar la ayuda del pueblo de Madrid y la de los soldados españoles al servicio del Intruso. Sus espías le pondrían al corriente y lo prueba la audacia del paseo de sus Numantinos por los alrededores de Madrid dedicándose a cazar militares franceses con toda tranquilidad sin temor de ser arrollados por la gendarmería real e imperial. No quiso intentarlo aunque al parecer era fácil. Su inactividad se debió a que, si bien obraba con entera libertad, dependía del general del 5.º Ejército que era quien le señalaba el objetivo a cumplir, aunque sin indicarle la forma de realizarlo, y una acción contra Madrid en aquel momento hubiera sido poco beneficiosa para los madrileños, porque habría dado lugar a un nuevo, heroico e inútil 2 de mayo. Al fin, la guardia imperial, mucho más numerosa, habría terminado por vencer y las represalias que hubiese tomado sobre la población civil, indefensa y sufrida, resultarían excesivamente crueles. En cambio, paseándose por las puertas de la capital, a la vista de su población, Palarea infundía ánimos a los pacientes madrileños que sufrían la dominación francesa y les auguraba una pronta liberación, a la vez que anunciaba al rey José el peligro en que se hallaba de caer en sus manos y, sobre todo, le hacía conocer claramente cual era la situación de las tropas y como la reconquista de Madrid era sólo cuestión de tiempo. También su presencia ante las puertas de Madrid permitía a los madrileños que quisieran desertar de las filas napoleónicas hacerlo y pasar a integrar sus Escuadrones o por lo menos buscar seguridad junto a ellos. Esta oportunidad ante Madrid se le volvería a presentar en muchas ocasiones, pero Palarea prefería esperar y no contravenir las órdenes de sus jefes a este respecto, más aún cuando el plan estratégico de españoles e ingleses empezaba a dar sus resultados. Por ello, verificada



su hazaña, se retiró de los barrios bajos de Madrid sin anunciar su partida y dejando flotando la amenaza de su presencia en cualquier otro momento. La alegría y desesperación de la población madrileña debió de ser grande y se manifiesta en cartas y escritos de la época e incluso en la correspondencia de los mariscales franceses. De su hazaña nos queda una brillante muestra en las vitrinas del Museo del Ejército, la espada que usaba por entonces está hoy día en la Sala de la Guerra de la Independencia catalogada con el núm. 4.027.

Conforme a las instrucciones recibidas, pasó el Médico a la provincia de Toledo y una semana después de su aparición ante Madrid, batía y perseguía a una fuerte columna imperial de infantería desde Sonseca hasta Mora. Diez días más tarde, 29 de enero, desde Novés y Huecas, cerca de Torrijos, los Húsares Numantinos y los Cazadores de Numancia vencían y perseguían a un batallón de más de quinientos hombres hasta las orillas del Guadarrama. La primitiva avidez del combate diario, a veces irreflexivo, iba siendo sustituida por la calculada y serena intervención contra tropas regulares de bastante importancia. Con ello desorganizaba la retaguardia enemiga y quebrantaba la regularidad del abastecimiento y comunicación de las tropas de vanguardia y cuerpos de ejércitos franceses diseminados por toda la península, porque sus persistentes ataques, tenaces, paralizaban el normal abastecimiento de víveres, municiones y hombres. Su objetivo era el de romper la cerrada defensa francesa que a través de los cordones que unían a Madrid, sede real y base central del estado mayor imperial y real, con los diferentes ejércitos, atacando continuamente las pequeñas guarniciones que ocupaban pueblos y aldeas situados en las cercanías de las carreteras generales que desde la capital se extienden hacia toda España, establecidas para defender y asegurar las comunicaciones, así como también atacar a los destacamentos encargados de asegurar el enlace entre guarnición y guarnición. Se podía asegurar que en todos aquellos lugares la bandera roja ondeaba en lo alto de los campanarios, como símbolo perenne de la actividad guerrillera y así continuarían hasta que la ocupación por sorpresa o el necesario abandono de la plaza obligaran a arriarla.

El día 20 de enero lord Wellington ganó la plaza de Ciudad Rodrigo y con ella el título ducal de dicha ciudad otorgado por los gobernantes españoles. Era el principio de su famosa ofensiva del año 1812. No estaba ocioso Palarea porque el 16 de febrero combatía en Yébenes y el 29 en Lillo. Este encuentro significaba una nueva dirección de marcha y en efecto, siete días después se acercaba, dentro de la provincia de Cuenca, al partido judicial de la capital, luchando en Villar del Horno y Narros, y en el puente de Zafra de Záncara y Villar del Aguila (partido jud. de Huete), donde ganó nuevos triunfos. Su campo de acción se



ensanchaba al trote victorioso de su caballo. La provincia de Cuenca venía a redondear su circuito. Segovia, Avila y Toledo, con Madrid en el centro y sus ramificaciones a las provincias circunvecinas de Extremadura y Ciudad Real integraban el círculo trazado por los triunfos del médico de Villaluenga.

Conservamos otro testimonio francés de la actuación del coronel Palarea, es del capitán de Húsares Hipólito, de Espinchal que, en sus Recuerdos Militares, narra su viaje desde Bayona a Sevilla escoltando un convoy, viaje que le llevó dos meses. En marzo de 1812 el capitán francés llegaba a Madrid con 1.500 hombres de infantería, artillería y lanceros polacos. Continuó su interrumpido viaje para hacer alto en Aranjuez, donde pudo admirar la casa del Labrador y los muebles, objetos raros y curiosos, tapices, cuadros, brocados y sedas que contenía y de las que hace digno elogio, pero los escuadrones del Médico le obligaron a abandonar pronto su amorosa deleitación con un inesperado ataque que le hizo volver a la triste realidad para contemplar los cadáveres de 64 de sus soldados despojados y mutilados en medio de la carretera. El ataque había sido tan rápido como la desaparición de los enemigos y no pudo pensarse en la posibilidad de hacerles pagar cara su audacia. Con ardientes deseos de venganza, por sus compañeros fueron sepultados las víctimas del temerario arrojó del Médico. La confianza de Espinchal en la numerosa escolta que llevaba y en la superioridad numérica de sus hombres sobre los húsares Numantinos le ocasionaron aquel mal paso.

No acabaron aquí los malos troles que el capitán de Espinchal había de pasar por culpa del caballero D. Juan Palarea. El ataque le obligó a aumentar la vigilancia y a impedir la disgregación de sus húsares, temeroso de un nuevo sobresalto, y su ira impotente contra Palarea aumentó cuando en el desfiladero de Puerto Lápiche encontró los cuerpos de 50 lanceros, degollados y amontonados en un barranco. Pudo saciar su ira y ejecutar su venganza, la acostumbrada venganza francesa, cuando, al salir de aquel desfiladero, la caballería polaca encontró un pequeño convoy de contrabandistas con mercancías inglesas y vinos. Ellos pagaron por los guerrilleros y, cuando al día siguiente, el capitán Espinchal capturó 30 carros de cebada y trigo de unos pacíficos campesinos se consideró vengado: al frente de ellos entró triunfalmente en Valdepeñas con su mermada hueste.

Reaparecía en las cercanías de Madrid el Médico cuando terminaba la Semana Santa y el domingo de Pascua de Resurrección, 29 de marzo, empezaron las fiestas madrileñas. Indica Mesonero Romanos que se celebraron las acostumbradas corridas de toros y José Bonaparte asistió a una de ellas, pero con tan exageradas precauciones como fueron las de colocar avanzadas hasta la venta del Espíritu Santo y la Alameda y cen-

tinelas sobre el tejado de la plaza para observar los movimientos que pudieran hacer los guerrilleros que recorrían las llanuras vecinas a Madrid. El día 12 de enero era una fecha que no se le olvidaba fácilmente al rey José.

El 18 de abril se apoderaba Palarea de un correo imperial que marchaba de la capital a Toledo y días después (27 abril) atacaba por sorpresa a un destacamento enemigo entre Higuera de las Dueñas y el Sotillo, en la provincia de Avila. A consecuencia de las victoriosas intervenciones tenidas por entonces, sufrió durante dos meses una implacable persecución que le obligó a largos desplazamientos y a una constante movilidad recorriendo las provincias de Badajoz, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Avila. Fué un triunfo, porque salvó su infantería y caballería y remitió al 5.º Ejército más de 200 pasados, prisioneros y malhechores.

Actuaba en el mes de mayo (día 13) nuevamente en las cercanías de Madrid, en Villamanta, Méntrida y Chapinería, lugar célebre en las faldas del Guadarrama, a una legua del famoso cerro de Almenara, donde hacía un año había sido cogido el guerrillero Fernández Garrido por el marqués de Bermuy.

Se realizaba entonces el avance de Wellington después de que, lograda la ocupación de Badajoz el 6 de abril, marchaba hacia Salamanca. En junio (día 3) atacaban los Numantinos a la guarnición de Brunete, rechazaban en Yuncos un ataque enemigo con gran superioridad de fuerzas (17 junio), y finalmente se presentaban ante el fortín del puente del Burguillo, sobre el Alberche, el día de San Juan con 250 infantes y 120 caballos. Catorce horas de continuo fuego necesitaron los Húsares y Cazadores de Numancia para lograr la rendición de sus defensores, un oficial, 42 soldados y tres muertos que allí quedaron. En una carta escrita en 29 de julio, participaba Palarea a la Junta Superior de Avila que sus escuadrones «a fuerza de prodigios de valor, sin más recursos que sus fusiles y carabinas, habían librado a la provincia de las vejaciones y crueldades de los imperiales, destruyendo el fuerte que tenían establecido en el puente del Burguillo y aprisionando a toda su guarnición, con la lamentable pérdida del teniente coronel, comandante del segundo escuadrón Camilo Gómez, y cinco guerrilleros».

Conviene señalar quién era el segundo jefe de los Escuadrones Numantinos. Camilo Gómez era un rico campesino de las proximidades de Talavera que, por motivos muy importantes, se lanzó a la guerra. Los franceses destruyeron su casa y violaron a su mujer y dos hijas. Furioso se encarnizó en la lucha contra el invasor y no perdonaba a los prisioneros que cogía, aunque estuvieran heridos o enfermos. Creó una guerrilla que bautizó con el nombre de «Franco-Tiradores de Castilla», operando en la provincia de Toledo. El día tres de marzo de 1811, Gómez propuso





EL CORONEL D. JUAN PALARÉA
conocido por el Matías,

natural de Murcia, uno de los particulares que manifestaron más patriotismo en los principios de nuestra gloriosa insurrección, acudiendo a muchos puntos de las Provincias de Madrid y de Toledo con el terror de los franceses por su valor y pericia militar. Desempeñó el cargo de Príncipe Real de Indiferencia en premio de su heroísmo, en el ejército real, que en 10 de octubre le puso el incomparable Lord Wellington en 23 de julio de 1812.

al general francés Depreux un combate a la antigua usanza, a fuerzas iguales: trescientos contra trescientos.

Después unió y fundió a sus Franco-Tiradores de Castilla con los Numantinos de Palarea, cuando se crearon los Escuadrones de húsares Franco Numantinos, pasando a ser el segundo jefe de la partida con la graduación de teniente coronel y comandante del segundo escuadrón. Grande debió ser la tristeza de D. Juan Palarea al perder a un hombre de tanta valía. Pena que aumentaría aun más cuando, también heroicamente, murió frente al enemigo su hermano, el capitán de Húsares don Joaquín Palarea. Sólo quedaba a su lado su hermano Mariano; que alcanzaría la graduación de coronel de Húsares. La guerra impone su tributo y Palarea hubo de pagarlo con sus seres más queridos.

Pero no todo habían de ser tristezas y de orden del gobierno tuvo que detallar esta acción del puente del Burguilla para premiar a los que en ella se habían distinguido. No acabó aquí el reconocimiento público por su heroica actuación, hacía tiempo que sus hechos de armas se habían extendido en cuatro direcciones, hacia los franceses que sufrían su ímpetu y valía; a sus jefes y gobierno que premiaban sus victorias; al pueblo que cantaba sus hazañas y a lord Wellington que fríamente seguía de lejos su campaña. De aquí que el duque de Ciudad Rodrigo solicitara la concesión del regente inglés Jorge III de unos sables de honor para premiar la heroica labor de los principales guerrilleros, tanto para galardonar sus hazañas como para estimularlos a continuar luchando y lograr una perfecta inteligencia con ellos. La concesión fué hecha a muy pocos y entre ellos al Empecinado, a D. Julián Sánchez y a D. Juan Palarea «en prueba de admiración por su valor y constancia». El general lord Wellington ceñía el sable de honor al cuerpo del coronel Palarea en nombre del Regente de Inglaterra el día 25 de julio de 1812, precisamente a los tres días justos de la batalla de los Arapiles, ganada a las fuerzas del duque de Ragusa por Wellington aprovechando la campaña en Rusia de Napoleón.

Día de gloria para los guerrilleros y de satisfacción al ver así reconocidos públicamente sus méritos, pero también comienzo de una responsabilidad mayor para sus futuras actuaciones. Este galardón sirvió para unir con firmes ligaduras al general inglés y a los guerrilleros y de él nació una cordial y sólida compenetración, ratificada poco después con el nombramiento del duque de Ciudad Rodrigo como generalísimo de los ejércitos españoles.

La victoria de los Arapiles que costó la vida al mariscal Marmont tuvo graves consecuencias para los franceses. El camino de Madrid quedaba abierto y no existía posibilidad de contener momentáneamente el ataque combinado de las fuerzas anglo-portuguesas y españolas. El rey

José, de acuerdo con su jefe de Estado Mayor, mariscal Jourdan, decidió abandonar la capital y replegarse hacia Valencia y el mariscal Soult hubo de levantar el sitio que tenía puesto a Cádiz. José Bonaparte encargó al general Hugo, padre del célebre novelista, de la guardia de Madrid con dos mil hombres para mantener el orden en tanto que verificaba la retirada y al coronel Lafont de la defensa del Retiro y del cuidado de heridos y enfermos. José salía por el puente de Toledo de Madrid el día 10 de agosto y trasladó su cuartel general a Leganés. Empezó la evacuación de Madrid de franceses y afrancesados y en general de todos cuantos tenían algo que perder con la llegada de los aliados. De Leganés pasaba el rey Intruso a Valdemoro caminando precipitadamente hacia Valencia. Le siguió el general Hugo y la desbandada de los afrancesados se hizo general.

Durante tres días el inmenso convoy de fugitivos estuvo vacilando en los alrededores de Aranjuez. Palarea atacó el doce en Bobadilla y puente de Toledo a los fugitivos, lo mismo que había hecho el día anterior a los que encontraba sin escolta caminando ciegamente hacia Valencia siguiendo el camino tomado por el rey José. Las carreteras obstruidas, el sol de agosto, la sed, el polvo, la falta de provisiones, pasando por aldeas abandonadas voluntariamente por sus habitantes que habían marchado con sus animales y víveres, dejando antes destrozados e inservibles sus muebles y muchos tras haber incendiado sus casas. Era un desorden indescriptible, porque los pozos secos y el calor excesivo hacía que surgieran disputas para beber el agua salobre de las charcas encontradas en el camino. Y en tanto los guerrilleros y merodeadores robando y esparciendo la alarma entre aquella masa que pagaba su deslealtad y falta de patriotismo con un tormento insufrible. La audacia de los guerrilleros llegó al extremo de apoderarse de los siete postillones del coche en que viajaba el embajador de Francia en Madrid, conde de La Forest y enviarle a uno de ellos para tranquilizarle por su suerte con una carta dirigida en estos términos: «Al embajador cerca del rey errante».

Wellington cometió la equivocación de creer también necesaria la conquista de Madrid y se verificó aquella célebre campaña, tan gloriosa como estéril, con la que se perdió lo que se habría podido obtener de la rota de los Arapiles. Ingleses y españoles se disputaban la primacía de la entrada en Madrid y el avance se convirtió en desenfrenada carrera. Dejemos que testigos presenciales nos relaten la entrada en Madrid. Una carta dirigida al conde Oñate por uno de ellos decía: «oí es el día grande en la restauración y libertad de este Pueblo: a las cinco de la mañana salían los últimos Franceses por la Puerta de Toledo, y quando aun no habian llegado a el Puente habia iá un centinela español de cavalleria en dicha Puerta para evitar la salida de algunos que se ha verifica-



do, y yo he presenciado el retroceso que han tenido que hacer dos de ellos. Después han ido entrando algunos sueltos hasta las dos de la mañana, que lo ha hecho la partida del Médico, y después otros varios, y principalmente Lor Wellington con el Empecinado, pero esta tarde es la entrada pública de 6000 infantes y 3000 cavallos hiendo los demas segun se publica en persecución del enemigo».

Grandmaison nos deja el relato de la entrada visto a la francesa: En los hogares madrileños las mujeres preparaban flores para festejar a los vencedores, los niños encendían cirios delante de la imagen de la Virgen y en los balcones se extendían tapices, telas o ramas para adornarlos. Al alba del miércoles doce de agosto todo era movimiento dentro de Madrid, las misas y rosarios se sucedían y la multitud se apretujaba, formando una corriente humana, por todas las calles siguiendo una dirección única: la puerta de San Vicente. Por allí aparecieron los jinetes, negros de sudor, blancos de polvo sus caballos, los hombres eran abrazados y casi atropellados por la multitud que al grito de ¡Viva Fernando VII! recorría las avenidas de la Florida. Un repique de campanas anunciaba a toda la ciudad la llegada de los libertadores. En pleno delirio la gente agitaba pies y manos, gritos, aplausos y continuo alboroto. Los hurras se extendían conforme iban distinguiendo a los guerrilleros. El Médico, el Empecinado, el Abuelo, Chaleco, Wellington, el gran vencedor, fué menos aplaudido.

Mesonero Romanos, joven, muy joven entonces, recordaba la entrada triunfal en Madrid de sus libertadores que él presenció y que relata en sus Memorias de un setentón: «Un gran gentío esperaba la llegada del ejército aliado... todo estaba engalanado... poco después de las nueve... un gran vocerío y el repique de campanas nos anunció la presencia en la calle de Alcalá de las famosas partidas castellanas, a cuya cabeza venían sus ilustres jefes D. Juan Martín Díaz (el Empecinado), don Juan Palarea (el Médico), D. Manuel Hernández (el Abuelo); D. Francisco Abad (Chaleco), los cuales desfilando por la Puerta del Sol y calle Mayor fueron al Ayuntamiento donde les dieron un sencillo obsequio».

Tras los guerrilleros fueron llegando y desfilando por el mismo itinerario, Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor los elegantes highlanders con su traje tradicional y lord Wellington, frío y altivo, con muchas bandas cubriendo su pecho y una pluma en el bicornio. Flemático y reservado apareció el duque de Ciudad Rodrigo en el balcón del Ayuntamiento a recibir las pruebas de entusiasmo del pueblo de Madrid a sus libertadores. Después las tropas se distribuyeron por sus acantonamientos respectivos. Madrid quedaba liberado.

Al día siguiente, 13 de agosto, las tropas españolas de Palarea y el Empecinado formaron en la plaza Mayor y conforme a lo dispuesto por



la Regencia dieron guardia a la solemne proclamación de la Constitución de la Monarquía española recientemente elaborada en Cádiz por las Cortes allí reunidas. Madrid recobraba su vida normal y empezaban los apuros por la falta de víveres y elevados precios.

Conviene aclarar el significado que tenía la proclamación que acababan de hacer los guerrilleros en Madrid de la Constitución de Cádiz. No indicaba que estuvieran compenetrados con ella. Probablemente en su mayor parte la desconocían, porque, resultaba paradójico, la Constitución que proclamaban era enteramente opuesta a la causa por la que combatían. Su acto no tiene más significación que el cumplimiento de las órdenes recibidas del organismo superior encargado de la gobernación y legislación de la península y por ello proclamaban el nuevo Código en las capitales recién liberadas.

En el siglo XVIII con la entronización de la casa de Borbón en España entraron lentamente las novedades filosóficas y culturales francesas y ello dió origen a la formación de una generación de intelectuales que asimilaron las ideas enciclopedistas y que no tardaron en enfrentarse con el espíritu tradicional predominante hasta entonces. Esta generación iría madurando y cuando tiempo más tarde se les presentó una ocasión propicia para llevar a efecto sus ideas no la desaprovecharon. Unos, aceptando la intromisión en los destinos de España de la dinastía bonapartista; otros, verificando una revolución política, filosófica, social y religiosa y creando un código, conforme a la letra, al espíritu francés generador de las nuevas ideas. Esto hizo que los sentimientos e ideas de ambos partidos, políticamente antagónicos, fueran similares, dándose el caso de que decretos publicados por los ministros afrancesados fueran aceptados posteriormente, con ligerísimas modificaciones sólo en la forma, por las cortes gaditanas.

Pero los diputados de Cádiz llegaron a más y la Constitución que promulgaron era bastante más avanzada ideológicamente que la que Napoleón había dado en Bayona a los españoles. Parece deducirse que este extremismo ideológico se debía al deseo de acabar con viejas fórmulas políticas ya caducas, de series enormes de privilegios políticos, sociales y religiosos que a su entender eran causa del atraso y decadencia a que había llegado su patria. La intención era buena pero como se encontraban con entera libertad para legislar y no tuvieron el freno de una institución superior que hubiera paliado su ideología cada vez más avanzada, el resultado fué el excesivo extremismo, revolucionario, de la legislación. Ahora bien, como las ideas que patrocinaban en Cádiz no arrancaban del subsuelo peninsular, eran importadas, y el pueblo no se encontraba preparado para recibirlas, y sobre todo no estaba dispuesto a cambiar unas ideas tradicionales, seculares, por otras nuevas que se les



había dicho eran peligrosas, la Constitución de Cádiz no pudo ser aceptada por el pueblo y en general por una nación que se hallaba combatiendo a la vez que por la independencia de su patria, por la defensa de sus viejos ideales. Sería más tarde, mucho más tarde, cuando estas ideas se conocieron y se hundió la esperanza puesta en el representante genuino de su espíritu tradicional, con el desdichado gobierno absolutista de Fernando VII, cuando pudieron tener algún éxito. Hasta entonces no fueron aceptadas, conocidas y comprendidas.

El 14 de agosto evacuaban los franceses la imperial ciudad de Toledo y a las nueve de la mañana entraban en la ciudad los partidarios del Viejo de Seseña, celebrándose iguales actos oficiales y patrióticos que Madrid había organizado por su liberación. Empezó entonces lord Wellington a distribuir sus fuerzas por las nuevas comarcas ocupadas, reorganizándolas y nombrando a generales y guerrilleros jefes políticos y militares de los lugares conquistados y ocupados. Por orden del duque de Ciudad Rodrigo, D. Juan Palarea se dirigió a la ciudad del Tajo donde verificó su entrada el día 20 de agosto, haciéndose cargo seguidamente del mando militar de la comandancia de Toledo. Al día siguiente de su llegada daba el nuevo comandante militar una orden general para la depuración de los funcionarios y empleados que habían servido a los franceses; para ello deberían concentrarse y dar cuenta a los militares españoles de la autoridad que les había nombrado y tiempo que habían prestado sus servicios, etc. Dada así las órdenes oportunas, mandó don Juan Palarea proclamar el 25 de agosto, en la plaza del Zocodover, la Constitución de Cádiz, que se verificó con toda solemnidad, formando la tropa a sus órdenes y jurando todos el Código gaditano. Cuando el general Drouet abandonó la tierra extremeña, el coronel Palarea entró al frente de sus Húsares Numantinos y Cazadores de Numancia en Talavera de la Reina entre frenéticas aclamaciones.

La quietud se fué extendiendo en todo aquel territorio que había sido teatro de las hazañas de los guerrilleros. El estacionamiento del ejército aliado en Castilla la Nueva obligó al mariscal Soult a levantar el sitio de Cádiz el 24 de agosto de este año y a retirarse también hacia Valencia, buscando el apoyo del mariscal Suchet y la unión con el rey José, por temor de que le fueran cortadas las comunicaciones y con objeto de reagrupar el desmoralizado y disperso ejército francés. En tanto, Wellington manifestó el 31 de agosto su propósito de reunir sus tropas con las divisiones de D. Carlos de España y D. Julián Sánchez, en Arévalo y dirigirse hacia el norte, hacia Burgos. Pero prudentemente, temiendo algún peligro de la concentración francesa en Valencia, ordenó que el Empecinado se mantuviera en Cuenca y parte fronteriza de Valencia para observar los movimientos del enemigo; a D. José O'Don-



nell que estuviera en Hellín y cuidara de mantener libres las comunicaciones con Madrid y si era preciso se retirara a Aranjuez, hacia el cuerpo central de su ejército, intentando contener el progreso de las tropas imperiales, para lo cual podía contar con la ayuda eficaz del comandante militar de Toledo D. Juan Palarea.

El proyecto del duque de Wellington era el de apoderarse de Burgos, cuyo castillo, de gran importancia militar, estaba tenazmente defendido por los franceses, para después volver sobre las fuerzas napoleónicas que ocupaban la parte meridional de la Península. Los portugueses, ingleses de Hill y los españoles de Bassecourt, Villacampa, Palarea, O'Donnell y el Empecinado deberían contener cualquier intento de José Bonaparte para volver a la meseta central y en tanto las fuerzas anglo-sicilianas desembarcadas en Alicante (9 agosto) distraerían la atención de Suchet y Soult hacia la parte de Levante.

Wellington tomaba Burgos el 18 de septiembre pero fracasaba en su intento de apoderarse del castillo y a la vez los guerrilleros se veían impotentes para contener el avance del ejército de Soult y José Bonaparte que desde Valencia, con cien mil hombres, avanzaba amenazador en dirección a Madrid con propósito de cortar la retirada a Wellington desde Burgos a Lisboa. Ello obligó al duque inglés a realizar la retirada, que fué habilísimamente realizada, en oposición de la desastrosa marcha estratégica desde los Arapiles a Madrid y Burgos. Mientras se verificaba la retirada inglesa de Burgos los guerrilleros continuaron en sus puestos prestos a mantenerse hasta el último instante para sostener el empuje francés, mantenían las comunicaciones y el orden en Madrid, Toledo, Cuenca, Guadalajara y Avila, hostilizando a la vanguardia del Intruso y de Soult constantemente.

En octubre Palarea se encargaba de la defensa del puente de Toledo, formando parte de la línea del ejército aliado sobre el Tajo, con los cuerpos Numantinos de su mando y los Húsares de la Romana que se le agregaron y allí se sostuvo hasta la retirada total de los aliados. Ante el avance francés, el general Hill recogió las fuerzas anglosajonas que tenía en la línea del Tajo y el 30 de octubre pasó por Madrid. Destruyó a su paso las fortificaciones del Retiro y otras no militares como fué especialmente la célebre Casa de la China, famosa por la esmerada fabricación de porcelanas, que hizo pensar al pueblo que se trataba de destrucción interesada para hacer desaparecer la competencia con las casas inglesas, lo cual causó gran malestar. «Tel fut le souvenir que laissèrent à Madrid de leu visite, ces «chers alliès».

Quedó la ciudad desamparada y en tanto que llegaban los ejércitos imperiales estuvo al frente del gobierno de Madrid el alcalde constitucional D. Pedro Saínz de Baranda, que desempeñó su cargo a entera



satisfacción de las dos partes contendientes, porque los guerrilleros continuaban merodeando en las cercanías de Madrid. El día primero de noviembre se presentaba en el puente de Toledo un coronel francés, parlamentario enviado por el rey José para acordar todo lo referente a su entrada en Madrid. La cual se verificó pacíficamente a las dos de la tarde del día dos de noviembre, día de Difuntos. Poco tiempo estuvo en la Corte Bonaparte porque el siete salía de nuevo en persecución de Hill y del ejército angloportugués que en franca retirada caminaba apresuradamente hacia sus líneas defensivas de Portugal.

Quedaba con ello otra vez Madrid libre de franceses, que en los cinco días de su permanencia no buscaron la menor venganza ni castigo por el triunfal recibimiento que la población había tributado a los guerrilleros. El mismo día 7 los guerrilleros Palarea, Empecinado y Bassecourt entraban en Madrid y D. Pedro Saínz de Baranda volvía a regir los destinos de la corte abandonada, con el mismo acierto que en la vez anterior, siendo necesaria toda su autoridad y energía para impedir los desórdenes y turbulencias y restablecer la tranquilidad. Como la disciplina era difícil sostenerla con los guerrilleros dispersos por Madrid, a donde habían acudido nuevas partidas, el regidor Saínz de Baranda expuso a sus jefes la necesidad de su rápida salida y las ventajas de tener sólo una pequeña guarnición. Aceptaron los jefes de partidas esta sugerencia y desalojaron Madrid, pero acampados en sus cercanías exigieron del alcalde suministro para sus tropas y Saínz de Baranda se vió y desató para atender a tantos problemas como se le presentaban en su estrenado cargo de alcalde constitucional.

Tras 23 días de ausencia regresó el Intruso a Madrid, donde entró en la tarde del 3 de diciembre, hostilizado continuamente por los cuerpos francos que atacaban sin cesar su ejército. El coronel Palarea logró cautivar a más de cien hombres de la hueste del rey José y del mariscal Soult, duque de Dalmacia, en este mes de diciembre, sin que para ello tuviera que dar ni el más pequeño encuentro. Como buitres, los guerrilleros rodeaban al ejército francés buscando el momento oportuno para un golpe de mano o para aprisionar al soldado aislado que por cualquier circunstancia había quedado rezagado o se había adelantado con exceso. Las operaciones quedaron paralizadas con la estancia del generalísimo Wellington en Cádiz, por lo que no hubo cambio alguno de importancia al finalizar el año. En el parte del estado de fuerzas dado a últimos de diciembre, los Escuadrones Franco Numantinos contaban con 500 caballos y el batallón de Cazadores de Numancia con 650 infantes y seguían dependiendo del 5.º Ejército de Operaciones.



1813

Y llegó el año 1813. La vuelta del vencedor de los Arapiles a Lisboa desde Cádiz, donde había recibido el homenaje de las Cortes por sus victorias, puso en marcha inmediatamente al ejército anglo-hispano. Trabajó activamente en la reorganización de sus tropas, acoplando cuadros de mando, agrupando divisiones y reintegrando la disciplina un tanto olvidada. Así pasaron algunos meses hasta que el 22 de mayo se puso en campaña avanzando de Oeste a Este con objeto de cortar el camino de Madrid a la frontera francesa.

El coronel Palarea con sus húsares había pasado a depender de la división del duque del Parque, del que formaba la vanguardia, cubriendo con sus tropas las avenidas de la Mancha, Toledo y la Jara y liberando, con sus continuos movimientos, a gran cantidad de pueblos de pagar las exorbitantes contribuciones que exigían las tropas francesas. Tal variedad de terrenos le obligó a una mayor prudencia y como la seguridad de la división le estaba confiada, sus movimientos eran realizados con mucha cautela, sin pensar en encuentros que pudieran poner en peligro la extrema vanguardia del ejército aliado que él mandaba.

El término de la aventura napoleónica parecía acercarse y la prudencia se imponía a la audacia. Los vencedores se entendían entre sí o procuraban entenderse con el mando único a que estaban sometidos. Los continuos movimientos de las avanzadillas servían para impedir la ociosidad, mantener rígidamente la disciplina y acostumar a los soldados bisoños a la lucha, sin dejar de inquietar constantemente al ejército francés. El rey Intruso, prudentemente había salido de Madrid el 17 de marzo y se trasladó a Valladolid temiendo el avance enemigo y el corte con la frontera francesa, donde entró el 26 de mayo a caballo y sin insignias reales.

En abril, una reorganización de los aliados hizo que Palarea entrega-



ra a sus Cazadores de Numancia, que tan valerosamente habían luchado a su lado, a la división de D. Pablo Morillo, el futuro conde de Cartagena de Indias, y con sus Escuadrones de Húsares Franco Numantinos y los Húsares Manchegos formó el Regimiento de Húsares Numantinos, del que conservó el mando. Era ya jefe de un regimiento y su carrera prometía proseguir aceleradamente.

En el mes de mayo, cuando comenzaba el avance del ejército aliado, se le destinó a las provincias de Madrid y Toledo, con objeto de hostilizar al enemigo en su retirada, e ir avanzando por Avila y Segovia para colocarse a la extrema derecha de los aliados y derecha del 4.º Ejército a que por entonces pertenecía, cuando éste lo hiciese. El 20 de mayo sostuvo con tesón la defensa de un puente del Tajo que tenía bajo su mando, cerca de la Puebla de Montalbán, hasta que reforzados los atacantes hubo de retirarse y lo hizo con el mayor orden. Dos días después empezaba la campaña del duque de Wellington. A excepción de Suchet, duque de la Albufera, todos los cuerpos de ejércitos franceses iniciaron la retirada hacia los Pirineos. El del centro al mando de Drouet, el antiguo de Portugal con Reille y los contingentes que aún quedaban en el sur con el general Gazan. El 27 de mayo dejaba Madrid el general Hugo con 300 carros de impedimenta y cuando el general Leval salía por una de sus puertas, por otra entraban los guerrilleros, al frente una vez más el Regimiento de Húsares Numantinos con su coronel D. Juan Palarea, pero la entrada no revistió los caracteres triunfales del año anterior. La guerra parecía ya decidida y la tensión de los madrileños había desaparecido. José Bonarparte se retiraba a Burgos el 9 de junio y a Miranda del Ebro el 16, y el 21, pese a la vacilante opinión del mariscal Jourdan y enteramente contraria de Reille, daba la batalla a los aliados en Vitoria, batalla que se convirtió en un gran desastre, con la consiguiente pérdida de la mayor parte del enorme botín que llevaba. Napoleón enviaba al mariscal Soult, desde el centro de Alemania, para que detuviera el avance impetuoso de los angloportugueses y españoles y destituía a su hermano José y a su jefe de Estado Mayor, mariscal Jourdan, el día primero de julio.

En tanto, el mariscal Suchet se retiraba lentamente, con gran seguridad, hacia el norte, seguido por las fuerzas del duque del Parque y de Elío, que más que atacar lo que hacían era entretener y no permitir a Suchet la retirada hacia el Pirineo occidental; Palarea seguía perteneciendo a la división del duque del Parque y por ello no pudo tomar parte en la batalla de Vitoria, pero deseoso de intervenir en los lugares donde se decidía la guerra, logró el necesario permiso para marchar en aquella dirección y pudo así tomar parte en la batalla de Sorauren, que había empezado el 25 de julio por el deseo de Soult de socorrer a la si-



tiada Pamplona. La batalla se prolongó hasta finales de julio y el 1 de agosto los franceses volvían a sus primitivas posiciones completamente derrotados. Allí Palarea luchó los días 29 y 30 junto a Morillo, Hill, Olagüe y Longa. La victoria fué decisiva. Por ello, al día siguiente, 31 de julio, se le destinó con su regimiento a la división de Navarra, correspondiente al mismo 4.º Ejército, con el que permaneció hasta fin del año 1813.

Cuando se produjo la invasión de Francia, después de la batalla de San Marcial, Palarea salió de Soria donde estaba con su regimiento, que tenía por entonces 667 caballos y 768 hombres, y se unió a las tropas de vanguardia que cruzaban la frontera y en la misma división y ejército continuó hasta la publicación de la paz. El once de abril abdicaba Napoleón en Fontainebleau y el 14 y 19, respectivamente, los duques de da Albufera y de Dalmacia reconocían a Luis XVIII y firmaban el cese de hostilidades con Wellington. La guerra de la Independencia había terminado.

Fernando VII cruzaba la frontera francesa y entraba en España el día 22 de marzo y el 16 de abril llegaba a Valencia donde proclamaba el absolutismo. Su entrada en Madrid el 13 de mayo señalaba el comienzo de una larga serie de años funestos para todos los españoles. Palarea fué, como la inmensa mayoría de los españoles, de los que creyó en el Deseado y se dedicó alegremente a romper las lápidas conmemorativas de la Constitución. No tardaría mucho en darse cuenta de su error. En mayo de 1814 entregaba al Regimiento de Infantería de Santiago todos los desmontados de su regimiento, por orden del general en jefe. En 30 de noviembre, en virtud de una real orden, su Regimiento de Húsares Franco Numantinos desaparecía al refundirse con el de Dragones de Pavía. Por último, el 29 de diciembre era ascendido al grado de brigadier de los ejércitos españoles y destinado al Regimiento de Iberia. Antes había sido publicado el Decreto de 28 de agosto, al parecer pensado y llevado a efecto por el general Eguía. Ello iba a promover un cisma en el ejército entre los militares procedentes del ejército regular y los de guerrillas y sus consecuencias serían sangrientas, pero esto es ya otra cuestión.

La guerra de la Independencia había terminado y Palarea se encontraba en una situación totalmente distinta a la que le ocupaba en su comienzo. Pese a que en las horas de descanso, brevísimas horas de solaz, no dejó de estudiar y perfeccionar sus conocimientos médicos, que le sirvieron para ser ensalzado por historiadores franceses de Medicina por sus extensos conocimientos en cuanto se relacionaba con la circulación de la sangre, que desde Miguel Servet habían estado casi abandonados, con honrísimas excepciones, los años inquietantes pasados en dura cam-





paña habían torcido su rumbo y la vida militar le atraía más que sus aficiones anteriores.

Había npsado los años de continua lucha y sólo quedaba memoria un tanto vaga y cada día más borrosa de su actuación. Unos jarros de loza antigua de Talavera, ostentando su retrato, en que aparecía Palarea montado en un magnífico caballo recordaban sus hazañas. Quizá era más admirado por sus contrarios, porque entre los franceses subsistió la fama del Médico. Hace años, en la Sala de Húsares del Ministerio de la Guerra, en París, en el lugar de honor se encontraban dos retratos campeando sobre todos los restantes con sus espadas cruzadas en aspa, debajo, y con un letrero alusivo indicando quienes eran, los dos mejores jinetes de la Europa de su tiempo. Uno era el de Joaquín Murat, gran duque de Berg, lugarteniente del Emperador en España y más tarde Joaquín I, rey de Nápoles. El otro el de D. Juan Palarea y Blancs, coronel de húsares de los ejércitos españoles, el centauro de la epopeya española de la Independencia.



BIBLIOGRAFIA (1)

- AUNOS, Eduardo: *Itinerario histórico de la España Contemporánea*.—Barcelona, 1940.
- BELLIARD, Augstín Daniel, conde de: *Mémoires du général, écrits par lui même*.—París, 1842.
- BONAPARTE, José: *Mémoires*.—t. VIII, cit. por Lafuente.
- CANGA ARGUELLES, José: Observaciones sobre la historia de la guerra de España que escribieron los señores Clarke, Soutthey, Londonderry y Napier.—2 vols., Madrid, 1833-35.
- COMENGE Y FERRER, Luis: *La Medicina en el siglo XIX*.—Barcelona.
- ENCICLOPEDIA ESPASA-CALPE, XLI.
- ESPINCHAL, Hippolyte d': *Souvenirs militaires, 1792-1814*.—2 volúmenes, París, 1901.
- FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor: *Orígenes del régimen constitucional en España*.—Barcelona, 1928.
- GRANDMAISON, Greffroy de: *L'Espagne et Napoleon, 1812-1814*.—París, 1931, 3.ª ed.
- GARCIA DEL REAL, Eduardo: *Historia de la Medicina en España*.—Madrid, 1921.
- GARCIA RODRIGUEZ, José M.ª: *Guerra de la Independencia*.—2 vols. Barcelona, 1945.
- GOMEZ ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia*.—12 vols., Madrid, 1891.
- GOMEZ ARTECHE, José: *Juan Martín el Empecinado. La guerra de la Independencia bajo su aspecto popular. Los Guerrilleros*.—Madrid, 1886.
- JOURDAN: *Mémoires militaires du Maréchal*...—París, 1899.
- LA FOREST, comte de: *Correspondance du...—Ambassadeur de France en Espagne, 1808-13*.—París, 1905, vol. VI.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia general de España*.—Madrid, 1850-67, tomo 5 XXIV y XXV.

(1) No habiendo sido estudiada hasta ahora la figura del general Palarea, las obras aquí señaladas tienen en su mayor parte un carácter de bibliografía complementaria e indirecta.

- LEJEUNE: *Mémoires du Général...* publ. por G. Bapts.—París, 1896, vol. II.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico*.—Madrid, 1849, t. VI.
- MENDEZ BEJARANO: *Historia política de los afrancesados*.—RABM, 1911.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Memorias de un setentón*.—Madrid, 1880.
- MIOT DE MELITO: *Mémoires*.—París, 1858, 3 vols.
- MUÑOZ MALDONADO, José: *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia*.—Madrid, 1833, vol. III.
- NAYLIES, Josep, vicomte de: *Mémoires sur la guerre d'Espagne*. París, 1835.
- PEREZ GALDOS, B.: *Obras Completas. Juan Martín el Empecinado*. Madrid, 1947.
- PALAREA, Juan: *Hoja de servicios del Brigadier D.*—Archivo Militar de Segovia (facilitada por el coronel Vidal y teniente coronel Yaque, del Servicio Histórico Militar y por el Dr. Pérez Villanueva, a quienes públicamente expreso mi gratitud).
- PRINCIPE, Miguel Agustín: *Guerra de la Independencia*.—Madrid 1844, 3 vols.
- SAN MIGUEL, Evaristo: *De la guerra civil en España*.—Madrid, 1836.
- SAVINE, Albert: *L'Espagne en 1810*.—París, 1909.
- SCHEPELER, Berthold: *Geschichte der Revolution Spanien und Portugals, und besonders der daraus entstandenem Kriegen*.—Berlín, 1826-7, 2 vols.
- SUMARIO Y AÑO 1808.—Ms. Anom. Bibl. Prov. Toledo (dato debido al Dr. Giménez de Gregorio, a quien expreso mi agradecimiento).
- TEJERA, José Pío: *Biblioteca del Murciano*.—Madrid, 2 vols.
- TORENO, conde de: *Historia del levauntamiento, guerra y revolución de España*.—Madrid, 1835-37, 5 vols.
- VILLAURRUTIA, marqués de: *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia*.—Madrid, 1914, vol. III.